

MÁSTER EN ESTUDIOS LITERARIOS

TRABAJO DE FIN DE MÁSTER

Mónica Buxeda Mas



El exilio y la búsqueda de identidad en las obras de María Luisa Elío y de Luis Elío/ Exile and search for identity in María Luisa Elío and Luis Elío's works

Directora: Carmen Mejía Ruiz

Julio 2017



“Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico
museo de formas
inconstantes, ese montón
de espejos rotos”

Jorge Luis Borges



ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	
1.1 .Descripción del trabajo.....	1
1.2. Objetivos e hipótesis.....	5
1.3. Metodología de la investigación.....	7
2. MARCO TEÓRICO	
2.1. Reflexiones generales del exilio.....	11
2.2. La autobiografía, una elección.....	13
3. LA FAMILIA ELÍO.....	18
4. ADIÓS PAMPLONA, ADIÓS.....	24
5. ESTANCIA EN FRANCIA Y MÉXICO.....	32
5.1. Llegada a Francia.....	34
5.2. Llegada a México.....	39
6. EL RETORNO UTÓPICO.....	48
7. CONCLUSIONES.....	58
8. BIBLIOGRAFÍA.....	61
9. ANEXOS.....	65

Resumen.

El presente Trabajo Fin de Máster (TFM) plantea como objetivo dar a conocer la obra de María Luisa Elío, una mujer exiliada y navarra que, con el paso del tiempo, no ha vuelto a ser nombrada, dejándola relegada así al más profundo olvido. De esta forma recuperaremos su memoria como exiliada republicana en la guerra civil junto con la obra de Luís Elío, padre de la ya mencionada autora, que escribe desde su cautiverio.

Para comenzar, realizaremos un marco teórico general en el que nos apoyaremos más tarde para situar, centrar y poder comprender en profundidad ambas obras en su contexto. A continuación describiremos los pasos que se llevarán a cabo para la realización de esta investigación, explicando así la metodología seleccionada.

Para terminar, basándonos en un esquema antropológico riguroso, entraremos en el análisis mismo de las obras, centrándonos en intentar comprender la crisis de identidad y el sufrimiento que el exilio conllevó a ambos.

Palabras clave: exilio republicano, identidad, huida, guerra civil española, antropología, literatura

Abstract.

This Master's degree last presentation's main objective is to voice Maria Luis Elio's work. She was an exiled woman from Navarra and over the years nobody remember her name.

In this way I want to recover her memories as an exiled republican in the Civil War. Her father Luis Elio's work (written when in captivity) is gonna be also recovered.

First of all I will carry out a general theoretical framework. This will help us later to understand better both works.

Secondly, I will describe the steps I have followed to perform this research and I will also explain the selected methodology.

Finally, based on an anthropological strict scheme, I will analyse both works to try to understand the self identity crisis and the suffering they experimented due to the exile.

Key words: republican exile, identity, escape, Spanish Civil War, anthropology, literature.

1. INTRODUCCIÓN

Siempre tenía que estar escogiendo nuevas vidas, como si no fuera bastante la que la vida se encargaba de escoger por una. Se trataba un libre albedrío tan mezquino, y sin embargo con tantos caminos, que me sentía muy poca cosa para tener una cierta seguridad de escoger el correcto. Pero debía volver a escoger, y había que hablar, opinar, dormirse, despertarse, trabajar, y todo en un momento de la vida en que me parecía que ya estaba todo dicho o que ya no había nada que decir. (Elío, 2002:93)

1.1. Descripción del trabajo

Este trabajo lo basaremos en el análisis de un diario y un testimonio de dos exiliados como consecuencia del conflicto bélico español de 1936. Enmarcando el trabajo en lo que se entiende por exilio, es conveniente señalar que partimos de lo expuesto por Jose Ángel Ascunce, quien entiende por exilio “todo el cúmulo de causas, realidades y consecuencias derivadas de la guerra civil y sufridas en y-o- por una comunidad o por una parte de ella” (Ascunce, 2005: 17).

Nuestros dos autores forman parte de la misma familia, Luís Elío y su hija María Luisa Elío, ambos dedicados a ahondar en la búsqueda incesante de la identidad frente a una realidad impuesta que resulta cruel y despiadada. Mediante la lectura de sus obras nos podemos acercar al dolor que los exiliados republicanos llevaron sobre sus hombros y que se trasladó a las distintas generaciones, desde el padre republicano que debe ocultarse y exiliarse, hasta la hija de éste y su consiguiente nostalgia por lo perdido en su tierra de origen.

Un aspecto que se debe destacar es cómo el auge de estudios sobre el exilio comenzó tras el inicio de la transición española, habiendo empezado ya en México con anterioridad. Juan Carlos Pérez Guerrero en *La identidad del exilio republicano en México* (2008: 11) hace referencia a ello e indica que desde el comienzo del exilio, surge una importante cantidad de publicaciones subjetivas e intimistas como ensayos, novelas, poemarios y artículos en revistas propias y ajenas, escritos y algunos incluso publicados por los propios refugiados durante los primeros años de exilio, que respondían a la urgencia no sólo de dar respuesta a la nueva situación vivida por la comunidad republicana exiliada, sino también de demostrar al mundo y a las sociedades de acogida la eficaz estructura política y la formación intelectual de éstos.

En general destacaban los nombres masculinos dejando, una vez más, a las mujeres apartadas, sin nombre ni palabra, o como diría Simone de Beauvoir en su ensayo *El segundo sexo* (1949,2005), considerando a la mujer como el otro, el segundo sexo. Por ello, resulta cuanto menos necesario reivindicar y resaltar el papel de la mujer en el exilio:

Entre los temas tratados por ellas se encuentra la difícil legitimación de la literatura escrita por mujeres en el exilio; el uso de la memoria para reclamar un tiempo y un espacio negados por el discurso dominante; las heridas del vacío existencial y del sufrimiento; el resurgir de una feminidad hasta entonces prohibida; la alternancia de la palabra y del silencio como vía de expresión y de denuncia; o el reconocimiento de la alteridad a través de los viajes exteriores e interiores de las escritoras. Estas y otras mujeres encontraron en la creación literaria, o en la actividad intelectual en general, una forma de canalizar el desconuelo y de reivindicar su papel cultural durante la época de franquismo, desde dentro y desde fuera de las fronteras españolas. Su postura, al igual que la de sus compañeros escritores exiliados interior o exteriormente, también es unánime: rechazan y lamentan la situación de España. (Piñeiro, 2011: 9)

Volviendo a la base del trabajo, señalaremos que la presente investigación se estructurará en tres ejes fundamentales, basándonos en el antropólogo Arnold Van Gennep y su propuesta de los ritos de paso. Desde la formación antropológica adquirida

elegimos la estructura de esta manera pues, al leer y estudiar a los exiliados, percibimos que todos atraviesan unas fases muy específicas y muy similares a las que un neófito se enfrenta en los ritos propios de cambio social en su grupo, siguiendo así las pautas que ese evento requiere, como pueden ser el paso de la infancia a la madurez, la comunión, la muerte, es decir, nos referimos a hitos fundamentales tanto para la comunidad como para ellos como individuos. De hecho, David Keitzer en *Ritual, Politics and Power* (1988) define estos rituales como una categoría analítica que nos ayuda a lidiar con el caos de la experiencia humana y, mediante esa transición ritual, logran ubicar y resituar lo vivido en un marco coherente.

Van Gennep habla también de la posibilidad de que “existan fases dentro de la misma fase ritual” (Van Gennep, 1986: 44). La llegada a un nuevo país y la vuelta a casa de María Luisa Elío podrían comprenderse dentro de lo que Van Gennep denomina fase *Liminar*, por ello hemos considerado imprescindible subcategorizar dentro de esta fase otras tres, ya que el viaje de ida nos parece esencial como abandono de la vida anterior y entrada a un nuevo campo social.

En la denominada fase *Preliminar*, correspondiente al propio acto de exiliarse y la consiguiente pérdida de identidad, el exiliado se separa de un conjunto estable de relaciones sociales y sufre la marcha dejando atrás el territorio conocido. Se trata, por ende, de esa ruptura con el país de origen, en este caso, por razones de tipo político. Para ello María Luisa Elío recrea en su obra, a través del recuerdo de la guerra, el exilio sufrido.

La llegada y vivencia en el país de acogida ocurre en la siguiente fase ritual, la fase *Liminar*. En este momento, el exiliado está en un estado ambiguo, ni aquí ni allá, a la deriva y sin definición propia. Se encuentran en una nueva patria potencial de su nueva

vida. En este momento comienza a surgir ese proceso de asimilación y asentamiento del exiliado en esa nueva residencia. Los acontecimientos y avatares del periodo de guerra, con sus consiguientes secuelas, serán descritas para comprender el contexto de ambas obras literarias. Comienzan así las vivencias y problemáticas de carácter social o etnográfico experimentadas en los nuevos países de asilo por el choque de culturas.

Finalmente, en la última fase nos encontramos con el retorno y la imposibilidad de encontrarse con la parte del yo que quedó en el pasado. Haciendo referencia a lo dicho anteriormente, esta fase denominada por Van Gennep como *Postliminar*, es la que lleva al exiliado a volver a casa encontrándose en una situación en la que todo ha cambiado, todo está bajo nuevas condiciones y no se identifica con ninguna de ellas, siéndole impensable desprenderse del sentimiento extremo de arraigo al pasado. Surge así la nostalgia del reencuentro con la tierra perdida, con el país de origen. En este caso, además, el exilio no será superado y se superpondrá esa doble identidad, tanto la que hace referencia a la que quedó en el pasado y en la memoria de los exiliados, y la del presente, que espera ser completada buscando sus referentes en un yo irrecuperable. Por otro lado, ha de decirse que en el caso de Luís Elío esta fase no llega a completarse, pues muere en el exilio.

Por ello, como señala Jose Ángel Ascunce, “la irrupción del recuerdo o de la recreación a partir de estas vivencias íntimas hacen que los géneros de las memorias, los diarios, las autobiografías, etc., adquirieran una importancia clave, ya que dichos géneros se convierten en los vehículos de expresión más idóneos para concretar por la vía de la ficción o del testimonio los complejos entramados sociales y políticos que motivaron tanto la guerra civil como el exilio” (Ascunce, 1994: 14). La obra de Luís

Elío es un ejemplo claro de ello, pues narra las terribles consecuencias de una época de horror, silencio y muerte.

A modo de resumen, lo que intentaremos hacer es situar a ambos escritores en su tiempo histórico y dar la mayor luz posible a las vivencias reflejadas en sus obras. Nos basaremos tanto en los datos y noticias familiares como en los referentes políticos y culturales de aquel momento, con la finalidad de reconstruir tanto sus historias de vida como la de la colectividad exiliada.

1.2. **Objetivos e hipótesis**

El objetivo principal es retomar el exilio republicano desde una mirada actual y complementaria, fundamentalmente a partir de un acercamiento antropológico, escasamente aplicado a la literatura (Ver Anexo 1): “Pocos autores han intentado el estudio antropológico del conocimiento etnográfico que puede contener la obra literaria. (...) Para que los lectores entiendan y asuman la historia como creíble, toda obra literaria refleja un espacio y unos valores culturales compartidos. (...) Una novela es un espejo de los valores culturales, las normas, prácticas y cosmovisiones compartidas por el autor con su público en el momento histórico en que ésta se escribe.” (Clua e Iribarren, 2014: 2339) En México, gracias a CIESAS, pudieron los antropólogos exiliados españoles relatar su experiencia vivida como objeto de estudio y la identidad, tanto individual como colectiva, es el eje central de toda investigación sobre el exilio. Juan Carlos Pérez (2008:13) indica que el estudio de la identidad es: “Quizá una de las nociones más complejas y problematizadas en las ciencias sociales, y que más se resiste a la definición rigurosa”.

El desarrollo de la teoría de la identidad por antropólogos, sociólogos y psicólogos ha permitido generalizar este concepto que conlleva una eficacia social real y que corresponde a una experiencia reivindicada por la política, por lo social, etc. pero siempre desde lo subjetivo. He ahí el interés de la antropología en tratar el contexto del exilio.

Si entendemos la identidad como un fenómeno dinámico en el discurrir histórico y en el que los cambios en la misma se producen con gran lentitud, es imprescindible tratar el contexto socio-histórico para ver qué discursos coexisten desde la mirada antropológica.

Por ello, para cumplir con ambos objetivos, nos serviremos de la dimensión que Ruth Benedict en su *Patterns of Culture* (1965) detalla. Según señala, el objetivo de la antropología en este paradigma culturalista es investigar el tipo de relaciones entre el individuo y la cultura observando todas las reglas que lo regulan, utilizando para ese análisis las historias de vida de los individuos. Se trata de la adaptación a los modelos y reglas que están en vigor en la sociedad, y que modelan los comportamientos y las experiencias del mundo, lo que desemboca en una determinación social del psiquismo de cada persona. En este contexto los exiliados forman parte de esa sociedad desorientada e inadaptada.

Así pues, nuestro objetivo principal consiste en realizar un estudio desde una perspectiva interdisciplinar y comparatista, abordando las obras narrativas de María Luisa Elío *Tiempo de llorar* (1988, 2002) y *Soledad de Ausencia* (1980, 2002) de Luís Elío. Nuestro foco de interés será la búsqueda de la identidad perdida en nuestros escritores exiliados y su significación, centrándonos en el dolor, el sufrimiento, la angustia y esa búsqueda incesante de un yo roto. Examinaremos también cómo la experiencia del exilio influyó en la labor de creación y en la consecuente pérdida de

identidad, desarrollando así una comprensión crítica de la relación entre la literatura del exilio y sus contextos culturales, sociales, históricos y políticos. De esta manera nos adentraremos en el exilio republicano español con un interés claro por recuperar a las mujeres exiliadas, aún hoy invisibilizadas. A su vez pondremos de relieve el sufrimiento de los perseguidos por sus ideales y sus consecuencias en el proceso de la pérdida de identidad, como es el caso de Luís Elío, quien pierde la identidad del yo para el resto de su vida.

1.3. Metodología de la investigación

Nos serviremos de la metodología cualitativa utilizando las principales fuentes del exilio y el corpus de creación de ambos escritores como historias de vida, práctica metodológica propia de la Antropología Social y Cultural. Utilizaremos estudios históricos, sociológicos y antropológicos para indagar en la visión interdisciplinar mencionada anteriormente. Acudiremos a la crítica textual para demostrar nuestros objetivos, usando los textos como documentos para nuestra argumentación así como los referentes teóricos y críticos propios de los estudios literarios.

Una de las técnicas cualitativas que más se están utilizando actualmente en el estudio de los movimientos migratorios son las ya mencionadas historias de vida como técnica etnográfica.

La balanza de la investigación social en la actualidad está inclinándose hacia los estudios cualitativos, debido en gran parte a la superación de la relación directa y unívoca entre las diferentes técnicas de conocimiento de la realidad desde un enfoque cualitativo. (Arjona y Checa, 1998: 3)

Así pues, el presente trabajo de investigación presta especial atención a las historias de vida donde nos encontramos testimonios que forman parte del presente y tienen gran importancia para el futuro. A pesar de los frecuentes cuestionamientos de esta práctica como técnica científica, creemos como Arjona y Checa (1998: 3) que “las historias de vida son una buena técnica para el restablecimiento de la cientificidad apoyada en lo cualitativo, sin complejos metodológicos.” Las historias de vida son importante pues en ellas se ensalzan y se reproducen visiones y versiones de los fenómenos que ocurren alrededor de nuestros propios actores sociales.

Por ello, tanto a historia oral como la historia de vida son “espacios de contacto e influencia interdisciplinaria (...) que permiten aportar interpretaciones cualitativas de procesos y fenómenos históricos-sociales” (Aceves 1994:144). “De manera que la historia de vida no se presenta como una técnica exclusiva de disciplinas como la historia o antropología, es muy válida asimismo para otras áreas de las ciencias sociales, como la sociología o la psicología social.” (Pujadas 1992).

Este método nos ha requerido realizar una documentación previa del objeto de estudio, un acercamiento exploratorio de nuestros dos autores, María Luisa Elío y Luis Elío. Se le podría llamar también la construcción del marco teórico, una preparación en la investigación para delimitar los aspectos en los que nos fijaremos y el proceso que seguiremos. A diferencia de la antropología per se, que se dedica a realizar observaciones y entrevistas, nuestro bagaje informativo será el corpus literario, usando las narraciones autobiográficas ya elaboradas e investigaciones que nos puedan ayudar a comprender las obras.

Es por ello esencial que en una autobiografía haya una identidad entre el narrador y lo narrado y que la narración no sea exclusiva de la vida del informante, sino que lo

introduzca también en su contexto, describiendo los lugares, otros personajes, hechos históricos, etc., tal como los percibió en su momento:

Siempre el investigador está preso respecto a la fiabilidad y veracidad de lo que su informante le cuente. ¿Qué podemos y debemos creernos? Una de las formas para detectarlo es comprobar la coherencia interna del relato: lo que dice y cómo lo dice, su forma de estructurarlo y la congruencia del resultado final. Además, nunca viene mal, cuando es posible, contrastar la información que de primera mano ofrece el sujeto, con la que personas afines y de su entorno nos puedan aportar; sin embargo, como es evidente, tampoco se trata de ir comparando toda la información ni construyendo historias de vida paralelas, con la intención de verificar el discurso del informante. La técnica contrastiva se reserva para datos y acontecimientos significativos o lagunas que la misma memoria del sujeto así lo recomienden. En realidad, las personas que rodean al informante no son una *máquina de la verdad* (que confirma y desmiente objetivamente), más bien pueden aportar nuevos datos sobre lo narrado, al tiempo que permiten al investigador tratar el material (narrativo, documental e histórico) desde las técnicas de triangulación, configuradas como al efecto para medir la validez del relato. (Arjona y Checa, 1998)

No cabe duda que resulta difícil extraer juicios universales o generalizables cuando se tiene como base el material aportado por una o varias historias de vida. Mas, no por ello, esta técnica etnográfica debe descalificarse y despreciarse pues podemos considerarla como una parte constitutiva de la investigación en el campo etnográfico y sociológico. Y es así porque aporta datos de difícil consecución con otro tipo de técnicas (Szczepanski, 1978); “no se pierda de vista que la naturaleza de los fenómenos sociales puede variar dependiendo de variables espacio-temporales en los que se investiga. Con otros términos, desde ella no es posible la universalización, pero sí son válidas sus aportaciones.” (Arjona y Checa, 1998:6)

Para terminar, la historia de vida podríamos definirla de la siguiente forma: “es un relato autobiográfico, obtenido por el investigador en la que el objetivo es mostrar el testimonio subjetivo de una persona en la que se recojan tanto los acontecimientos como las valoraciones que dicha persona hace de su propia existencia” (Pujadas 1992:47).

Así pues, mediante estas disciplinas estudiaremos la evolución de la búsqueda de la identidad a través de los diferentes discursos utilizando las herramientas propias de la investigación interdisciplinar necesaria para llevar a cabo el estudio. La vía de construcción de las historias de vida nos permite así acercarnos al individuo y todos los elementos sociales que le rodean, apreciando así el cambio que el exilio provocó en ambos autores y que permiten revelar sus acciones en un desarrollo personal dentro de una cultura determinada.

2. MARCO TEÓRICO

2.1. Reflexiones generales sobre el exilio

La literatura del exilio presenta características temáticas, formales y pragmáticas comunes, como consecuencia del trauma que sufrieron los exiliados al verse forzados a abandonar el país en la guerra civil.

Esta guerra creó odios que, según María Jesús Piñeiro Domínguez, cambió radicalmente la situación del país para siempre:

Los vencidos tuvieron que optar por el exilio o por la permanencia; por una huida hacia delante o por quedarse y esconderse; por una libertad en la lejanía o por un silencio que, en muchos casos, no evitó las represalias, que llegaron en forma de asesinatos, encarcelamientos y agresiones. Ante la perspectiva desoladora que ofrecía un país metido ya en dictadura, se hizo necesario escoger. Miles de exiliados se vieron obligados a abandonar un país que les había dado la espalda, y pusieron rumbo a un destino incierto, donde lo único seguro era el exilio. Otros muchos se quedaron por la imposibilidad de marcharse, o bien porque se negaron a hacerlo. Estos últimos se convirtieron en exiliados interiores desahuciados en su propia casa, y aunque no sufrieron el dolor de la distancia, como los exiliados emigrados o exteriores, tuvieron que asimilar el dolor de la cercanía. (Piñeiro, 2011:1)

La escritura en esta situación se utilizó como un medio para preservar la identidad personal y colectiva que les fue negada en el país de origen. Said, en su ensayo *Exilio intelectual: expatriado y marginales* (1996) nos muestra que es imposible mantenerse en una suspensión continua, por lo que el exiliado toma la escritura como el lugar donde vivirá, hallando placer en lo sorprendente:

De no dar nunca nada por asegurado, de aprender a conformarse en circunstancias de precaria inestabilidad que podrían confundir o aterrorizar a la mayoría de las personas. Una vida intelectual gira fundamentalmente en torno al conocimiento y la libertad. (Said, 1996: 69)

Aparece así el exiliado o exiliada como la figura del Otro en los países de acogida. “Y justo al otro lado de la frontera entre “nosotros” y “los de fuera” se encuentra el peligroso territorio de la no pertenencia” (Said,1984,2005: 17) y es que es imprescindible “el hecho de reconocerse en el “otro” para configurar la propia identidad y construir una nueva raíz positivamente” (Piñeiro, 2011: 8)

La necesidad de racionalizar la nueva situación y el nuevo contexto de vida explica las características comunes de “una escritura de exilio”, creándose de esta forma la narrativa del exilio. El miedo al olvido, esa amenaza del olvido en el país de origen y escribir en un nuevo modelo de sociedad es para los exiliados luchar contra la invisibilidad.

Tanto *Tiempo de llorar* (2002) como *Soledad de Ausencia* (2002) se centran en la visión autobiográfica que los narradores adquieren de esa nueva realidad que irrumpe en sus vidas cotidianas. Ambos siguen toda su vida teniendo el pasado como punto de referencia, lo que explica la melancolía desencantada de María Luisa Elío a lo largo de toda su obra.

El exilio implica también la pérdida física de un espacio concreto y el abandono definitivo de una época determinada a la que jamás se puede volver. El deseo o la obsesión de regreso y estímulo para todos los desterrados lleva a que la realización del regreso resulte tan frustrante y decepcionante como la ausencia de la patria. Claudio Guillén, en la entrevista que le realizan en 2003, señala cómo el exilio le supone al

exiliado un sufrimiento físico, social importante que luego puede y debe ir unido al enriquecimiento personal.

En el momento de ese reencuentro de las dos realidades ocurre la fatalidad. Por ello es primordial recuperar la memoria cultural de todos los escritores que se vieron obligados a abandonar España tras la contienda bélica, dando así voz y presencia en la historia a un hecho como la diáspora republicana.

2.2. La autobiografía, una elección

La historia narrada de forma autobiográfica es una manera coherente de buscar una línea temporal estable a todos los sucesos que vivió el ser humano de forma discontinua, intentando encontrar de esta manera un principio y fin a su propio trauma del exilio. La búsqueda del propio “yo” mediante el texto que se escribe, la búsqueda de una identidad es la piedra angular en la escritura autobiográfica.

Hay que señalar que es imposible entender el pasado desde la recuperación memorística, pues estará lleno de subjetividad. Este hecho surgió a mediados del siglo XIX, cuando la literatura experimentó como primera persona del relato y como discurso indirecto libre los modos de subjetivación de lo narrado. En la actualidad este hecho ha cogido una fuerza apabullante y se expande tanto sobre los estudios del pasado como en los estudios culturales del presente: “En consecuencia, la historia oral y el testimonio han devuelto la confianza a esa primera persona que narra su vida (privada, pública, afectiva, política), para conservar el recuerdo o para reparar una identidad lastimada.” (Sarlo, 2005: 22)

Esta primera persona, como ocurre con Luís Elío, se enfrenta a discursos que la sociedad de aquel momento no permitía exponer:

Por su lado, el individuo, cuando está fuertemente apegado a la sociedad de la que forma parte, se siente moralmente obligado a participar en sus tristezas y sus alegrías; desinteresarse de ellas sería romper los vínculos que lo unen a la colectividad; sería renunciar a quererla, y contradecirse. (Durkheim, en Le Breton, 2009:103)

La única vía posible como desplazado era relatar sus recuerdos, sus tristezas y su pensamiento mediante la primera persona, y ciertamente esa confianza en lo inmediato de su voz favorece al testimonio. “Es evidente que no hay testimonio sin experiencia, pero tampoco hay experiencia sin narración: el lenguaje libera lo mudo de la experiencia, la redime de su inmediatez o de su olvido y la convierte en lo comunicable.”(Sarlo, 2005:23) “Por eso escribo, por eso intento escribir, para lanzar a mis ideas el anzuelo de la palabra que las atrape. Bien sé que la palabra en sí, como expresión, es ya pensamiento.” (Elío, 2002:15)

Según la teoría de Philippe Lejeune denominada “Pacto Autobiográfico” (1975), podremos descubrir si la obra frente a la que estamos es autobiográfica o no. En el relato deben concordar tanto el narrador, el protagonista y el autor de la obra. Como podemos comprobar, tanto *Tiempo de llorar* (2002) como *Soledad de Ausencia* (2002) son obras autobiográficas pues cumple a la perfección el mencionado pacto:

Por lo tanto, el interés de la autobiografía reside en que, según Derrida, lejos del acuerdo por el que los lectores adjudicarían un crédito de verdad al texto, éste sólo puede aspirar a la existencia si el crédito de su propio autor lo sostiene. No hay fundamento exterior al círculo firma-texto y nada en esa dupla está en condiciones de aseverar que se dice una verdad (Sarlo, 2005:41).

En realidad, lo que el propio escritor busca al relatar su testimonio es contribuir de alguna manera y de forma inmediata a reparar el daño sufrido. En el caso de nuestros autores, un daño emocional y existencial.

Resulta imprescindible diferenciar las dos obras pues, a pesar de ser autobiográficas, cada una representa un subgénero distinto: mientras que Luís Elío escribe un diario donde refleja su visión del yo con respecto al mundo, María Luisa Elío escribe lo que podríamos señalar como memorias: “El escritor de un diario, a pesar de que anota hechos de su vida, no puede visualizar la importancia que ellos adquirirían en el transcurso de su existencia (...). En una memoria el autor esgrime (...) la autoridad que le asiste por haber sido testigo de ciertos sucesos”. (Gutiérrez en Laguna, 2005):

La pretensión de estas memorias suele ser, cuando intenta corresponder a la realidad, la justificación de una determinada postura ante la vida que ha podido ser de algún modo combatida. Es por esto por lo que afirma René Demoris que el sujeto de estas memorias es frecuentemente un personaje rebelde en un periodo de revolución política. (...) Esta afirmación indica el interés más sociológico que literario de las memorias en la mayoría de las ocasiones. (Román en Laguna, 2005)

Fue en el siglo XIX cuando nació esta preocupación por la antropología, el individuo y la biografía, y de ahí el interés por el diario:

En los diarios el yo autodialoga consigo mismo. Constituye una especie de solitario que juega el autor con sus propios naipes, algo así como un monólogo interior (en el sentido primario de la expresión. No en el de la técnica narrativa del relato del siglo XX) en el que el emisor va anotando, en actos de escritura coetáneos a sus vivencias, una serie de informaciones y juicios que, a la larga, se convierten en memoria escrita estrictamente personal y peculiar (Romera Castillo, 1983:46)

Dotaremos de historia a quienes vivieron y sufrieron aquellos acontecimientos, dotándoles con una opinión personal de lo que les sucedía a su alrededor, liberándose de

la influencia de los referentes colectivos que eran completamente antagónicos en ese momento.

El discurso que presenta Soledad de Ausencia es un cúmulo de crímenes de la guerra civil, donde vemos que el vínculo entre el horror y la humanidad se encuentran en un eterno combate y “Un hombre que piensa es siempre un hombre afectado, que restablece el hilo de su memoria y está impregnado por cierta mirada sobre el mundo y los otros.” (Le Bretón, 2009:108) Y es en el recuerdo de lo vivido donde establece con el lector una cierta sensación de orden testimonial:

Reconstruir el pasado de un sujeto o reconstruir el propio pasado, a través de testimonios de fuerte inflexión autobiográfica, implica que el sujeto que narra (porque narra) se aproxima a una verdad que, hasta el momento mismo de la narración, no conocía totalmente o sólo conocía en fragmentos” (Sarlo, 2005:76)

Ambos testimonios se permiten además la anacronía, es decir, los sujetos al escribir se permiten recordar, olvidar, callar aspectos intencionadamente, captando así escenas del pasado en base a la perspectiva del momento presente en el que narran en pro de una opinión política o moral de desahogo o crítica social.

Las víctimas sienten una responsabilidad moral colectiva y los exiliados conciben sus obras como el núcleo de un saber sobre la represión; tienen además la textura de lo vivido en condiciones extremas, excepcionales. Por eso, son irremplazables en la reconstrucción de esos años. Paolo Rossi (2003: 92) afirma que:

El pasado será concebido como siempre 'reconstruido' y organizado sobre la base de una coherencia imaginaria. El pasado imaginado se vuelve un problema no sólo para la psicología, sino también (y se debería decir, sobre todo) para la historiografía... La memoria, (...) 'coloniza' el pasado y lo organiza sobre la base de las concepciones y las emociones del presente.

Beatriz Sarlo señalaba también que los testimonios, las narraciones en primera persona, las reconstrucciones etnográficas de la vida cotidiana o la política también responden a las necesidades e inclinaciones de la esfera pública. Su función es ética, política, cultural o ideológica. Cuando no se trata de autobiografías de escritores, en el testimonio y la narración en primera persona toman la palabra sujetos hasta ese momento silencioso. De esta manera “Sebald nos muestra entre qué extremos se mueve cualquier empresa reconstructiva: desde la pérdida radical de la identidad a su enajenación en el recuerdo empujado por el deseo, siempre imposible, de una memoria omnisciente.” (Sarlo, 2005: 165-166) Y es que definir la memoria autobiográfica no es fácil.

3. LA FAMILIA ELÍO

María Luisa Elío nació en Pamplona el 17 de agosto de 1926 y murió el 17 de julio de 2009 en Ciudad de México. Su padre, Luis Elío Torres fue abogado navarro nacido en Tarragona y su madre, Carmen Bernal López de Lago, procedente de Murcia. María Luisa fue la pequeña de las tres hijas del matrimonio.

Luis Elío provenía de familia aristocrática. Sus padres eran navarros, y “(...) el rígido ambiente familiar influye de manera determinante en su carácter y temperamento.” (Noriega, 2002:161) Como iremos viendo a lo largo del análisis de la obra en este estudio, Luis Elío se movía siempre siendo fiel sus ideales humanistas y por la necesidad imperiosa de buscar la justicia.

La relación de María Luisa con sus padres no fue muy intensa, pues su madre constantemente caía enferma y la profesión de su padre, ingeniero de caminos, canales y puertos, no se lo permitía. “Aunque severa, la imagen paterna está siempre presente por su gentileza y su calor humano en el ánimo infantil de Luis Elío.”(Noriega, 2002:161)

En el colegio Jesuitas de Valencia fue donde estuvo internado Luis Elío y donde pasó toda su infancia. En Valencia estudia bachillerato y comienza a presentar un interés especial por la literatura y la escritura:

Ingresa en la Universidad de Madrid a los diecinueve años y colabora entonces en distintos periódicos españoles escribiendo principalmente poesía y algo de teatro y cuento. Nunca tuvo libertad para elegir su profesión, siguiendo la de su padre pero un año bastó para tomar otro rumbo y estudiar la carrera de Derecho. Su vida en la capital le permite ampliar su imagen del mundo y de España. (Noriega, 2002:162)

En 1920 se casó con Carmen Bernal y se trasladó a Pamplona para hacerse cargo de la administración de los bienes de su padre. “Los padres de Luís Elío eran los mayores propietarios de Pamplona”(Gambarte,2009:16). Según Noriega (2002: 162) el ambiente urbano le resulta hostil: “(...) Pamplona lo sofoca: sociedad española cerrada, tradicional, en donde la hipocresía religiosa y la falta de humanismo lo desilusionan e impresionan primero y lo agreden después.” Además será en Pamplona donde descubra una faceta importante de su quehacer intelectual y político: “Nombrado presidente de los jurados mixtos de Navarra y juez municipal de Pamplona entabla relación directa con obreros y patronos (...) Su extrema sensibilidad y su humanidad generosa lo llevan a tomar partido por la clase trabajadora.”(Noriega, 2002:162)

Al comienzo de la Guerra Civil Española, Navarra quedó de inmediato bajo el mando del general Emilio Mola; éste había sido, desde el gobierno militar del viejo reino, el auténtico “director” del golpe de Estado que acabó con la República. El 19 de julio de 1936 Luis Elío fue detenido por los requetés y falangistas en su casa en presencia de su mujer y sus hijas, y fue llevado a la Comisaría con intención de fusilarlo. “Consiguió huir de la comisaria con la ayuda del capitán requeté Generoso Huarte y pasó desde ese día hasta finales de agosto de 1939 encerrado en casa del administrador, el también alto cargo requeté D. Blas Inza”(Gambarte, 2009: 18) La amistad estrecha entre estos dos altos cargos fue esencial para que aceptara este último a Luís Elío en su casa. Vivió oculto en Pamplona y es durante estos tres años de la Guerra Civil Española donde sitúa Luís Elío su narración, acompañado únicamente por sus recuerdos, lejos de su familia y del mundo exterior. La soledad le lleva a ese acto de recordar, convirtiéndose así en un yo activo frente al yo pasivo que Luis Elío adquiere como habitual encerrado en el cuarto, indagando sobre ello y volviendo sobre esas impresiones mientras las vuelca en la escritura. Al fin y al cabo es un yo y un modo de entender la realidad hecho texto.

En 1939 escapa por los Pirineos a Francia gracias a la ayuda de una familia, amigos íntimos que se juegan la vida por él. Gambarte nos dice que: “Lo llevaron hasta la frontera en un coche. Allí le ayudó a cruzarla un mugalari (...) Ahí pasa unos meses en el campo de concentración de Gurs y, tras lograr salir y reunirse con los suyos, llega a México en el año 1940. En su encierro aprendió inglés escrito aunque no hablado lo que le sirvió en México para trabajar algo de traductor” (Gambarte, 2009:18). Allí terminó este libro donde se muestra a un hombre desalentado, avergonzado por la crueldad que ha presenciado y sufriendo al contemplar la injusticia y la aparente falta de empatía de la que se conforma la naturaleza humana:

En 1941, el Tribunal de Responsabilidades Políticas le juzga en rebeldía y le impone una multa de 75.000 pesetas, además de la inhabilitación con los efectos que para ese caso de penas señala el artículo 11 de la Ley de Responsabilidades Políticas por tiempo de 15 años. Tiene que vender las tierras de Barañáin, a través de una prima suya, para afrontar tan gruesa multa al Estado.(Gambarte, 2009:18)

Derrotado y dolido con España y con los españoles no logra vincularse ni con su pasado ni con su presente y, como veremos, Luis Elío no regresará a España, por lo que no aparecerá en el último apartado de este trabajo, falleciendo el 27 de enero de 1968 en la Ciudad de México:

Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte. Ensayo, biografía, novela, boceto histórico, es el testimonio de un hombre víctima de la injusticia de otros hombres enemigos de la razón. (...) Soledad que se mira a sí misma, soledad que recuerda y especula y finalmente escribe. Soledad y muerte son las constantes de su obra. El pasado y el futuro no existen; el ahora, cargado de soledad y abandono. El insoportable presente. Tiempo y espacio reducidos a su mínima expresión. Luis Elío es mi abuelo. (...) Su voz ha roto el silencio de una vez y para siempre. Su palabra sobrevive, sobre

todo, su ímpetu que tantos españoles ilustres de este siglo compartieron por dejar testimonio escrito, bien escrito, de su agónica relación, su gran amor por una España que para él y para tantos fue madre tan ingrata. (Noriega, 2002:164-165)

En los años cincuenta María Luisa Elío colaboró en varias películas de época y publicó cuentos en medios periodísticos como el suplemento "México en la Cultura" del diario Novedades y la Revista de la Universidad. También hizo lecturas de sus cuentos ("De las señoras", "Del miedo y del recuerdo") en el Ateneo Español de México.

Nuestra escritora narra su viaje y su experiencia como exiliada que retorna sin realmente volver. La obra de María Luisa Elío está publicada en México. Tiempo de llorar (1988) y Cuaderno de apuntes en carne viva (1995), las publicará Ediciones El Equilibrista. En 2002 la Editorial Turner las publicó en España reunidas en el volumen Tiempo de llorar y otros relatos, del que partimos para realizar el análisis de esta obra.

María Luisa también escribió el guión de la única película que el exilio español republicano realizó sobre sí mismo, titulada esta película En el balcón vacío (1961)(Ver Anexo 3), siendo coprotagonista de la misma. La dirigió su esposo, el cineasta y poeta Jomí García Ascot, pero hay que señalar que fue una realización amateur: los amigos cooperaron con lo que pudieron, subastaron dos cuadros donados por pintores famosos y ellos mismos fueron los actores, con el guión creado por María Luisa Elío, José Miguel García Ascot y Emilio García Riera. En él, María Luisa Elío no se enfrenta o se plantea quién tiene la razón o no en la guerra. Se centra únicamente en la incompreensión de la guerra expuesta en la vida cotidiana, en sus inocentes vivencias de niña y se genera lo que bien señala Le Bretón como (2009:103-104):

Un hilo continuo de sentimientos más o menos vivos o difusos, cambiantes, que se contradicen con el correr del tiempo y las circunstancias (...) El hombre no está en el mundo como un objeto atravesado a ratos por sentimientos. Implicado en sus acciones,

en sus relaciones con los otros y los objetos que lo rodean, en su medio ambiente, etcétera, está permanentemente afectado, tocado por los acontecimientos. (...) El “corazón” y la “razón”, lejos de rechazarse, se entrelazan de manera necesaria, se influyen mutuamente, y el individuo logra a veces “razonar” en parte su afectividad (...) Oponer “razón” y “emoción” sería desconocer que de todas las maneras una y otra están inscriptas en el seno de lógicas personales, impregnadas de valores y, por lo tanto, de afectividad.

En la década de los cincuenta María Luisa y Jomí participaron activamente en la vida cultural de México. Además de sus compañeros de exilio y generación se relacionaron con García Márquez, quien les dedicó Cien años de soledad. En uno de los capítulos finales de Cien años de soledad se relata cómo un librero catalán que vivía en Macondo y que había llegado después de la guerra, tras volver a su tierra natal y dejar Colombia, comienza a expresar en las cartas la nostalgia por la selva colombiana y García Márquez lo relata de esta manera:

Aturdido por dos nostalgias enfrentadas como dos espejos, perdió su maravillosos sentido de la irrealidad, hasta que terminó por recomendarles a todos que se fueran a Macondo, que olvidaran cuanto él les había enseñado del mundo y del corazón humano, (...) y que en cualquier lugar en que estuvieran recordaran siempre que el pasado era mentira, que la memoria no tenía caminos de regreso, que toda la primavera antigua era irrecuperable, y que el amor más desatinado y tenaz era de todos modos una verdad efímera(García, 2003:166).

Aquí vemos la clara influencia que la crisis identitaria de nuestra exiliada María Luisa tuvo en su gran amigo Gabriel García Márquez.

Tiempo de llorar es un relato autobiográfico que narra la evolución de una exiliada que con nostalgia y temor se enfrenta con el paraíso perdido de su niñez: Pamplona.

Después de más de treinta años de ausencia, en los que la capital navarra funcionaba evocadoramente como expresión de un tiempo y de un espacio felizmente vivido, encuentra que sus experiencias ya no son nada porque pertenecen a una historia pasada sin realidad en el presente. El reencuentro físico con Pamplona significa la toma de conciencia de un tiempo pasado sin presente y de un paraíso perdido sin retorno. De forma evocadora el personaje queda roto por perder parte de su historia, pero, como compensación a esta pérdida de identidad, se refuerza la dinámica vital de la realidad: la marginación de su condición de exiliada y su identificación con su personalidad mexicana. La historia de María Luisa, personaje de ficción, ejemplifica el drama y la ventura de la propia autora, y con ella la de muchos otros exiliados que después de tantos años de exilio y de crispación emocional descubren que lo realmente válido es la realidad existencial de su historia personal frente a un pasado nostálgico sin validez histórica en el presente.

4. ADIÓS PAMPLONA, ADIÓS

*Quien es empujado al exilio con injusticia tan flagrante, ya nunca más deja de ser exiliado.
(Álvarez en Ascunce y Casillas, 2005:38)*

En esta primera fase nos centraremos en el proceso propio de todo exiliado: abandono del lugar de origen y pérdida de identidad con el miedo y la incertidumbre acechando, pues se debe separar de un conjunto estable de relaciones sociales y de costumbres que hasta el momento conformaban su habitus, haciendo referencia a Bordieu. Según este sociólogo, el habitus se conforma en las prácticas que dándose de manera habitual reconfiguran el carácter. A través de los hábitos adquiridos, interiorizamos todo lo que tiene que ver con lo material y lo ideal. Las representaciones sociales que nos dicen cómo somos, cómo vemos el mundo y cómo hemos de comportarnos. Bordieu consigue con este término aunar en el individuo lo material y lo simbólico, e incorpora algo importantísimo para las ciencias humanas a partir de los años ochenta: pensar el cuerpo de las personas como lugar práctico en el que el habitus se encarna. El cuerpo del individuo es algo socialmente construido y su función es la adaptación física y mental de las personas al contexto en el que viven como exiliados. Veremos que tanto para Luis Elío como para su hija María Luisa resulta tan sobrecogedora la situación que ambos la recrean en su obra a través de los recuerdos, haciéndonos así posible conocer de primera mano el sufrimiento de las dos generaciones que vivieron la misma situación.

En la obra *Tiempo de llorar* nos encontramos hojas de un diario de viaje que se alternan con las cartas que la viajera envía desde Pamplona a sus dos hermanas. Podemos

comprobar cómo en el corto espacio de tiempo de un viaje de regreso a la casa natal resuena toda su vida entera.

En este apartado nos centraremos en descubrir, tras las huellas tanto de la ya mencionada María Luisa como de Luis Elío en *Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte*, cómo fue la vida de la familia antes del exilio (Ver Anexo 2), sus pensamientos, sus experiencias, su vida cotidiana y de qué manera fue todo ello destruido por la guerra civil española.

Cuando María Luisa vuelve a Pamplona podemos ver cómo busca su identidad a base de compilar escenas de su niñez, y que nosotros utilizaremos para lograr ahondar en su pasado. Más concretamente, en este apartado nos centraremos en vislumbrar cómo fue el acto de exiliarse y qué conllevó a nuestros protagonistas a esta situación a nivel emocional como a nivel social y cultural.

En el siguiente párrafo podemos comprobar el modo en que María Luisa, encontrándose en el tren de camino a Pamplona, ve y mira. Mira, y mira sin darse por vencida, como si intuyera que lo que ve no es realmente lo que hay, comenzando a resonar su niñez en todo su esplendor:

La veo con el uniforme del colegio (...) La veo en los días de nieve jugando por el parque (...) La veo también acostada en la cama con sus muñecas alrededor, y la veo no queriendo irse a dormir porque papá y mamá vendrán del teatro (...) La veo, la veo y me daría miedo encontrármela ahí (...) “Jugaremos a que tú eres el señor y yo la señora.” “¿Y yo?” “Tú te sientas ahí y miras.” Miras, miras, miras (...) Ahora yo ya no era nada, y sin saber cómo, me vi a mí misma ante el espejo arreglándome con el mayor esmero que haya puesto nunca.” (Elío, 2002: 20-21)

A lo largo de la obra visita los lugares que le retornan a su yo de la infancia y que le llevan a comprender la herida tan honda que ha causado en ella el pasado que vivió. Por poner un ejemplo significativo, cuando decide ir a Barañáin, se descubre a ella misma identificando y conceptualizando el odio como parte de su identidad, pues señala: “La

verdad es que nunca había pensado en papá como dueño de todo esto, menos aun si recuerdo cómo murió. No creo haber sentido antes algo tan parecido al odio” (Elío, 2002:33). En este sentido, las palabras de Le Bretón son clarificadoras:

En el terror que se apodera de una muchedumbre, en el odio o en las manifestaciones del furor individual o colectivo, no hay ningún triunfo de la “irracionalidad” o de la “naturaleza”, sino la puesta en juego de un razonamiento, de una lógica mental, de un ambiente social. (Le Breton, 2009: 112)

El encuentro con “el otro” en tierra pasada también es un tema a tener en cuenta pues la identidad sufre una especie de desdoblamiento en esa búsqueda constante de quererse encontrar mediante el intento de fusionar el pasado y el presente, tal y como le ocurre a nuestra protagonista por primera vez en la casa de su tía:

Tía, ¿y el tigre? “Me sale la pregunta sin pensar que después de treinta años lo más normal es que no esté. Pero reacciono cuando ella, de la forma más natural, me contesta: “Este servicio, hija mía, pero ¿dónde lo habrá puesto la muchacha? Por un instante el tiempo de las dos se ha detenido. (Elío, 2002: 41)

Y entonces es cuando comienza a experimentar toda clase de crisis de su propia identidad. Cuando debe dejar su casa tras la detención de su padre todo su mundo se derrumba: “Una casa es algo tan personal que cuando le obligan a uno a dejarla, la impresión no es de dejar una casa sino una persona: una persona que se quiere. Lo recuerdo muy bien.” (Elío, 2005:39) Ya no es la niña inocente que vivió en Pamplona pero tampoco su yo interior se corresponde con el de la mujer madura que aparenta ser, anclándose ella misma en su propio limbo entre el periodo de la niñez y el presente:

Empiezo a buscarme y no me encuentro; soy muy pequeña. Quisiera preguntar a todo el mundo si me ha visto, decirles que tengo cinco años y me he perdido. Me callo. Me ha entrado miedo, quisiera irme. Ahora ya no hay nadie. Quiero estar de nuevo en casa, y temo que al llegar nadie me reconozca. (Elío, 2005:53)

Tras estos breves pasajes, podemos extraer esa constante agonía del Yo resquebrajado por la insondable realidad que se le presentó: la captura de su padre, Luís Elío. El momento en el que fue arrestado lo tenemos relatado en la obra del mismo: “Llamaban en la puerta: yo mismo abrí” (Elío, 2002:30):

-Venga con nosotros; queda usted a la disposición del General Mola. Tan cerca estaban de mí, que notaba el tibio calor de sus cuerpecitos; veía sus caritas de miedo y de pena; sus manecitas que intentaban sujetarme. Se me atragantaban las palabras de consuelo y de esperanza; no tuve fuerzas ni valor para darles un beso. Cerré con un portazo. (...) ¡Ocho hombres armados para custodiar a un hombre inerme como yo! (Elío, 2002:31)

La joven María Luisa apenas puede llegar a comprender el sentido de la guerra:

No me dejéis aquí en el balcón; no me dejéis sola, venir a jugar conmigo, no dejéis que esos cuatro hombres con fusiles se lleven a papá, no vayáis a dejar que caigan esas bombas sobre nosotros, ¿no veis que mamá dice que no tiene miedo, pero es mentira? (...) volver, volver a estar en casa, venir, ayudarme, ayudarme por favor, ayudarme que yo no sé por qué he crecido tanto. (Elío, 2002:127)

Esta forma de narrar tan infantil la hace tan cercana que pareciera que estamos oyendo los pensamientos de la pequeña niña:

No comprendo por qué han detenido a papá, siempre oí decir que era muy bueno. También había oído decir que era de izquierdas y que eso no se lo perdonaban. No es que supiera yo muy bien lo que eran las izquierdas o las derechas, pero sí empezaba a darme cuenta (...) me doy cuenta ahora que quieren matar a mi padre. ¿Matar a papá? Entonces en mi cabeza de niña se hizo claro quiénes eran los buenos y quiénes los malos. (Elío, 2005:62)

Luis Elío sufre, sufre por su mujer, por sus hijas y, sobre todo, sufre por lo que sus hijas pensarán de él: “En el dulce mirar de mis hijas tililan las lucecitas de un amoroso rencor que encendió mi remordimiento: papá ¿por qué te fuiste, por qué nos dejaste solas? ¿Serán ellas o será la verdad de mi conciencia la que me pregunta? (...) ¡Adiós, hijas mías!” (Elío, 2002: 27)

Como bien sabemos, durante la Guerra Civil el mundo se dividía claramente en amigo y enemigo y, bajo una dictadura, era preciso mantener la convicción de que la separación

era tajante. Era una época de miseria y sufrimientos de toda clase, en la que cundía el hambre, en la que había que desconfiar de los vecinos, en la que faltaba lo necesario para sobrevivir, empezando por el pan. La obra de *Soledad de ausencia* es también utilizada por Luis Elío como medio para realizar una crítica social, política y religiosa mordaz:

La doctrina se ha convertido en rito, en ceremonia, en gesto, en latines que nadie entiende y con los que debe implorar a su Dios; en genuflexiones y en incienso. El púlpito es tribuna de predicadores beligeros que retan al poder público, que reparten apoyo y bendiciones para el privilegio y la riqueza, y resignación para el que nada tiene. (Elío, 2002:51-52)

El cristiano-español se ha sentido más satisfecho y tranquilo ejerciendo la autoridad que respetándola. (Elío, 2002:90)

Todo lo tenían dispuesto desde hacía tiempo. No les bastaba con la traición del ejército, preparado para dar el zarpazo en el momento oportuno, sino que, además, se contaba con la adhesión incondicional de una mayoría de la población civil tradicionalmente levantisca, reaccionaria y agresora, bien pertrechada para poder lanzarse a la calle impunemente. Y todo esto en las mismas narices de unas autoridades republicanas estúpidamente confiadas, ineptas, negligentes, y quien sabe si hasta desleales. Nos lo teníamos bien merecido. Estas mismas gentes habían visto llegar a la República sin que nadie les molestase, sin una amenaza o peligro que las obligase desde sus primeros ataques en los corrillos y periódicos (Elío, 2002:72-73)

Surge el terror, el miedo inmenso a la situación que se vuelve ingrata en María Luisa:

La niña tenía miedo. (...) Llevaba ya (...) mucho rato, sentada en aquel pasillo sin atreverse apenas a moverse. Llevaba también mucho rato pensando por qué tenía miedo y no sabía. (...) No era hoy el diablo lo que la asustaba, porque ella había sido buena. ¿A qué tenía entonces tanto miedo la niña, si sabía que a los niños buenos no se les castiga? Pero yo seguía encogida en aquel pasillo, con mi miedo ahí (...) mientras las bombas deshacían la ciudad. (Elío, 2002:124)

Su padre a lo largo de su obra también recita una y otra vez sin cesar esa duda que se incrusta en el corazón y no deja de doler hasta comprender el por qué: “¿Cómo ha formado el hombre sus conceptos del bien y del mal para que cruel o empecatado sólo se regocije con sus maldades y con el sufrir de los demás? (Elío,2002: 82). Durante esos

años, esa imposibilidad que habían tenido los españoles de admitir sus divergencias llegó a crear el horror que hoy en día conocemos, y que condujo a trágicos enfrentamientos que finalmente llevaron al exilio a multitud de españoles.

En ese momento se rompió todo esquema establecido sobre las costumbres que reinaban en España. Luis Elío, tras ser arrestado se encontró en ventaja con respecto al resto de personas que serían arrestadas a continuación pues, al llegar al despacho del Comisario de policía, éste le dijo: “¿Usted sabe la situación en la que se encuentra? (...) Usted ha tenido suerte de que le detuvieran el primero. Cuando los tengan a todos, los meterán en el camión que espera en la puerta y se los llevarán con rumbo desconocido para matarlos (...) Usted sabe lo que tiene que hacer. Puede escapar por la puerta del cuerpo de guardia sin temor de que mis hombres le digan nada. Desde luego usted y yo no nos hemos hablado, ¿entendido?” (Elío, 2002:33). Al escapar, tuvo que esconderse por la fuerza y escribió sobre su encierro en la obra de la que ya hemos hablado, *Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte* (2002).

Tras huir de la comisaría, se esconde como señalamos en el apartado de la familia Elío, en la casa de un antiguo hombre que llevó las tierras de su padre por un tiempo: “Sí, ayer llegué; a las diez de la mañana entré en este cuarto: domingo 19 de julio de 1936. Es una habitación cuadrangular de un poco más de tres metros por lado; no tiene ventanas, tan sólo un ventanuco, una pequeña lumbrera en el techo que debe de asomarse directamente al tejado, pero tan avara de penumbra que no deja pasar un rayo de sol (...) Este cuarto debió de utilizarse como lavadero.” (Elío, 2002:16)

La pérdida de identidad se refleja perfectamente también en Luis Elío, pues al sufrir la desposesión de todo lo querido y estar tres años sólo en tal situación, con apenas nadie con quien hablar, le provoca una duda existencial sobre su propio ser, sintiéndose vacío, partido:

No hay un generoso rayo que me traiga mi sombra, esa sombra negra, maciza, pesada, contorneada, la que fue mi eterna compañera. Es la primera vez que nos separamos; si estuviésemos juntos le hablaría, me aconsejaría, afrontaríamos serenamente esta situación. Debe de ser la parte del yo...que me falta.(Elío, 2002:17)

Pero también a su vez se preocupaba de su familia: “Y ellas ¿qué podrán hacer, qué tendrán pensado hacer? ¿Creerán que he huido y las he abandonado, que estoy en la cárcel, que me han fusilado, que me asesinaron en el recodo de un camino...? (...) Me estarán buscando por todas partes, indagarán, preguntarán, suplicarán.” (Elío, 2002:19)

Para nuestro mártir, la culpa no formaba parte de él. No había contradicho las leyes, había sido un buen ciudadano y siempre ayudó a quien lo necesitaba y no comprendía cómo podían ir en contra de él, de su forma de pensar, de su Yo:

La emoción no es un reflejo afectivo generado de entrada por las circunstancias; compete a una implicación personal nacida a veces de una deliberación interior del individuo momentáneamente confundido, privado de puntos de referencia para responder a la situación en la que está envuelto. (Le Bretón, 2009:131)

El hecho de la detención de Luis Elío provocó la fuga de su mujer, Carmen, con María Luisa, de siete años, y sus dos hermanas, teniendo las niñas como destino, tras muchos entresijos, un internado parisino:

Recuerdo que vinieron a darnos la noticia de la muerte de mi padre: lo habían fusilado. Al cabo de tres o cuatro días dijeron que la noticia era falsa, que papá vivía y que, al fin, cuando lo iban a fusilar pudo escapar y esconderse, así que lo mejor que podía hacer mamá era salir de Pamplona con nosotras tres: no fueran a detenernos y papá, por ese motivo, se entregase. (Elío, 2002:61)

Esto supuso que a finales de los años treinta María Luisa abandonara la niñez en Francia, rodeada de un sufrimiento tanto propio como ajeno:

Tiene que decir adiós a esta Pamplona que parió a su linaje; donde nacieron y vivieron sus antepasados, sus padres, sus hijas, sus amigos. Donde él fue tejiendo su vivir con la urdimbre de sus alegrías y de sus pesares, de sus inquietudes, de

sus trabajos; ¿para qué enumerar si todo está acabado y diluido en el odio y el rencor de ellos, y en esta soledad del fin? (Elío, 2002:20)

Históricamente, tal y como Ricardo García Cárcel (2009) señalaba, desde el tiempo de la Inquisición el español ya se tenía a Francia como horizonte de expansión con el judaísmo y el protestantismo español:

Nos dirigimos a los autobuses que nos llevarían lo más cerca posible de la frontera con Francia. Es el mismo sitio que hoy tomo con mi hijo para llegar hasta Elizondo, lugar en donde estuvimos detenidas tres meses. (Elío, 2002:63)

En la fecha que nos interesa, en 1939 “la tipología de los exiliados españoles es muy variada: ricos y pobres, integrados e inasimilables, intrigantes y nostálgicos. En cualquier caso, los exiliados impregnaron con su ideología, su memoria de España, a los franceses con los que convivieron tantos años. La nostalgia de España de los exiliados marcó el hispanismo francés de los siglos XIX y XX, condicionando la pasión por España de los hispanistas.” (Cárcel, 2009:43)

La situación familiar tampoco era ya el remanso de paz que hasta entonces habían conocido, y con ello la forma de relacionarse entre ellos cambió, lo que creó en la identidad de María Luisa un sentimiento de desarraigo más profundo, pues ya no era sólo físico sino también afectivo: “Mamá me hacía poco caso, casi no me miraba, parecía temerosa de que pudiera preguntarle algo. Yo creo que entonces ya lo sabía todo, y sabía muy bien que nunca volvería a ser lo que era antes, que la risa de mamá sería siempre distinta, que mis hermanas estarían calladas a su lado y que, si volvía a ver a papá, nunca sería el de antes. De ahí en adelante todo cambiaría.” (Elío, 2005:6)

5. LA ESTANCIA EN FRANCIA Y MÉXICO

*En esta soledad siempre vacía
Nadie viene a ofrecerme sus palabras:
Me convertí en silencio y en recuerdo;
sólo en silencio mi recuerdo habla.
Y estos recuerdos que creí perdidos
me traen las voces que mi amor reclama:
es la voz balbuciente de mis hijas
nacidas en los arrullos de su infancia
(Elío, 2002:67)*

La llegada y vivencia en el país de acogida ocurre en esta fase Liminar. La familia vive un estado ambiguo, pues se encuentran en una nueva patria potencial de su nueva vida a la vez que comienza a surgir ese proceso tan difícil de asimilación y asentamiento del exiliado en esa nueva residencia. Los acontecimientos y avatares del periodo de guerra, con sus consiguientes secuelas, serán descritas para comprender el contexto de ambas obras literarias. Comienzan así las vivencias y problemáticas de carácter social o etnográfico experimentadas en los nuevos países de asilo.

Tras el trauma sufrido en Pamplona, el miedo en María Luisa pasa a formar parte de su vida y vivió con él el resto de sus días:

Viví veinte años con miedo, y luego seguí así, siempre con miedo; un miedo que no tenía motivo para estar ahí, pero que estaba y no había manera de luchar contra él, porque no tenía forma: no sabía a qué correspondía, casi me había acostumbrado a él, casi se había hecho una forma de vida, o un reflejo...ese continuo sobresalto. (Elío, 2002: 95)

Antes de cruzar a Francia, Carmen junto con las tres hijas trataron de escapar a Valencia, donde familiares de la madre podrían ayudarlas. Pero antes de llegar fueron

detenidas en Elizondo, donde permanecieron presas tres meses. No deja María Luisa

Elío de evocar y de ser consciente de la importancia de aquellos lugares en su vida:

Elizondo es un pueblo precioso (...) Cómo recuerdo su humedad, y ese largo pasillo para salir a la calle, cosa que mis hermanas y yo teníamos permiso de hacer todas las tardes y mamá una hora al día, avisando antes de salir. (Elío, 2002: 64).

Por primera vez en mi vida me estaba dando cuenta de que si siempre lo había recordado con alegría era porque todos aquellos lugares habían sido yo misma. (Elío, 2002: 70).

Mientras se encontraban retenidas en Elizondo, “alguien hizo correr la noticia de la muerte de Luís Elío, haciendo creer que se había suicidado en un hotel de Biarritz. Salió incluso por la radio (...) Probablemente, eso hizo que no tuvieran mayor objeto el mantener retenidas a las cuatro mujeres” (Gambarte, 2009: 38). Tras salir de Elizondo, consiguieron llegar a Valencia. Cuando el gobierno republicano se retiró de allí se vieron obligadas a huir a Barcelona: “Carmen empezó a trabajar en las oficinas de Indalecio Prieto porque el tío Fre y la tía Cecilia conocían a Prieto, que era el Ministro de la Guerra” (Gambarte, 2009:39).

María Luisa Elío narra su vivencia en Barcelona:

Barcelona. ¿Julio de 1937?

Cada vez tiran más bombas y dicen que dentro de poco no habrá qué comer- ya no hay ni leche ni carne-.

Ayer cayó una bomba en la puerta de casa, pero no explotó. (Elío, 2002:83)

Barcelona. Creo que ya era 1938

Hemos pasado quince días, frente al mar, en un pueblecito cerca de aquí.

No hago más que pensar en la guerra, aunque no creo que me afectara tanto, más que nada fue el cambio y el tener que estar sin mamá. Estoy segura que me fue más difícil después, en los internados de París. Es ahí donde sentí que nunca nada sería igual, y en parte no estaba falta de razón. (Elío, 2002:85)

Tras sufrir otra derrota republicana esta nueva ciudad, cruzaron la frontera gracias a Indalecio Prieto y se dirigieron a París: “La última época en Barcelona fue atroz: hambre, frío y bombardeos, y sin embargo, seguíamos ahí, nunca sabré por qué.. Me

acuerdo cuando nos fuimos a Francia, faltarían unos tres meses para que la guerra terminara.”(Elío, 2002: 86)

5.1. Llegada a Francia

Como vemos, la noticia de la supuesta muerte de Luís Elío favorece a su familia la huida a Francia, así lo narra Luis Elío:

La radio de Bayona, en Francia, hacía saber que yo me había suicidado y que mi cadáver había aparecido en el hotel X.(...) ¿Era tan imposible que algún amigo mío, residente en Francia, sabedor de la persecución de que era objeto, se decidiese a emitir una noticia que necesariamente había de desorientar a mis perseguidores? Y por lo que me decían, había sido cumplido con su cometido al ser creída por todo Pamplona. (...) Lo más extraordinario es que hasta las mismas autoridades estuviesen convencidas, llegando al extremo de autorizar a mi mujer y a mis hijas para que se fuesen a Francia a recoger mi cadáver. (Elío, 2002:75-76)

En Francia, el contexto se tornaba convulso. Comenzada la Guerra Civil en España, el exilio por parte de la zona norte del país comenzó su oleada a partir de la campaña de Guipúzcoa, que finalizaría con la toma de San Sebastián e Irún (13 y 5 de Septiembre de 1936 respectivamente). Esto obligó a gran parte de la población civil, y a militares derrotados, a huir hacia puentes internacionales de Behovia y Hendaya. Escapando de la represión del bando nacional, según Juan Carlos Pérez Guerrero, entre “15.000 y 20.000 españoles, de los cuales, en pocos días regresan a Cataluña y Guipúzcoa más de la mitad, quedando en territorio francés unos 5.000 refugiados acogidos por familiares y amigos residentes en el país galo.” (Pérez, 2008: 38)

Pero, ¿cuál es la diferencia entre el exiliado y el refugiado? Es un aspecto imprescindible a tratar y lo aclararemos sirviéndonos de Said (2005) y la distinción que nos ofrece. Al comienzo, el exilio mismo “nació de la antigua práctica del destierro.” (Said, 2005: 34) Una vez desterrado, “el exiliado vive una existencia anómala y

miserable con el estigma de ser un extranjero” (Said, 2005:34) El término de los refugiados, en cambio, fue creado en el siglo XX por el Estado, convirtiéndolo según este autor en un término político que “hace pensar en grandes masas de personas inocentes y desconcertadas que requieren ayuda internacional urgente.” La diferencia que hace entre uno y otro reside en que “el exiliado lleva consigo, creo yo, un toque de soledad y espiritualidad.” (Said, 2005:34) Por lo tanto, siguiendo esta teoría de Said, nuestros autores serían exiliados. Pero oficialmente, sirviéndonos de las definiciones de la RAE, podrían considerarse también como refugiados pues la palabra es definida como: “Persona que, a consecuencia de guerras, revoluciones o persecuciones políticas, se ve obligada a buscar refugio fuera de su país.” Y la definición que da del exiliado es tan general que abarca ambos términos: “Expatriado, generalmente por motivos políticos”.

El territorio vasco-navarro sufrió enormemente la represión y la masacre de los nacionalistas. Luis Elío evoca la famosa toma de Guernica, lugar mítico y emblemático a lo largo de la historia del País Vasco:

Mes de abril de 1937. Los rebeldes han rendido Durango, Eibar y ¡han bombardeado Guernica con aviones mandados por el capitán alemán Trettner! Si, Guernica: el 26 de abril de 1937. Guernica la mártir, santuario del alma vasca, la venerada, la guardadora del “Árbol”, del retoño de aquel viejo roble a cuya sombra juraban respeto los reyes, celebraban sus juntas los ancianos gobernando, atesorando fueros y libertades. (Elío, 2002: 137)

El gobierno francés se vio como consecuencia obligado a colaborar con el gobierno vasco tras el bombardeo de Guernica y el bloqueo de Bilbao, tomando parte en la evacuación de los habitantes de la capital vasca y de niños que se encaminaron a Francia, Gran Bretaña, Bélgica o la Unión Soviética. (Pérez, 2008: 29)

Se comenzó por abrir la frontera temporalmente únicamente a mujeres, niños, ancianos o heridos cuyos informes fueran excelentes y gozaran de recursos suficientes o fueran

acogidos por instituciones públicas. El colegio donde María Luisa, Carmen y Cecilia fueron internadas, junto con otras españolas exiliadas, era un orfanato dirigido por rusos blancos que no mucho tiempo atrás habían seguido también la ruta del destierro:

Mis hermanas y yo seguimos la vida en nuestro nuevo colegio, en donde el director, Monsieur le Comte de Mombrison, pagaba la colegiatura de toda niña que iba a parar a sus manos, fuera del país o de la ideología que fuera. La directora era la princesa Teodora de Rusia, así es que la mayor parte de las niñas, los profesores, el jardinero, la planchadora, el carbonero, eran rusos blancos. Las españolas que estábamos ahí éramos refugiadas. Mamá iba a vernos los domingos.(Elío, 2002:87)

Esto fue el comienzo de la separación y del sufrimiento: “Desde entonces tuvo más fuerza el dolor que yo, tanta que ni siquiera sé bien lo que era yo fuera del dolor.” (Elío, 2002: 87).

Conviene recordar la historia de los refugiados en Francia por lo significativa de la misma. Juan Carlos Pérez (2008: 30) la resume de esta manera:

Tras las caídas de Bilbao, Santander y Asturias entre junio y octubre de 1937, llegaron a Francia 150.000 refugiados, aunque la mayoría regresaron a territorio español bajo una política de rápida repatriación. A fines de 1937 quedaban en el país galo 35.000, de los que 10.000 eran niños evacuados por el gobierno francés y acogidos en colonias infantiles o en familias. En mayo de 1937 el gobierno francés redacta una lista de departamentos de acogida clasificados entre los "de primera urgencia", situados entre Garona y Loira, y los "de segunda urgencia", dispersos por el territorio francés aunque localizados principalmente en Normandía, Bretaña y Borgoña. Cuatro meses después, en septiembre de 1937, el ministro del Interior Max Dormoy ordena la repatriación de todos los refugiados que estuvieran a cargo del Estado, con excepción de niños, enfermos o heridos.

La imagen de la República Española mejoró. Sin embargo, en Francia, no se hallaba consenso sobre qué opinión debía prevalecer con respecto a la ayuda que se debía ofrecer a España, pues surgían grandes debates en el seno del catolicismo francés generados por el bombardeo de Guernica, y la mayoría de este grupo católico simpatizó con Franco y su "cruzada", exculpando así la represión que se estaba generando en España. Esto, junto con la llegada de la sociedad civil republicana, ese perfil ideológico

y sociológico que muchos rechazaban, y la situación por la que atravesaba Francia provocó el rechazo social al refugiado.

Francia no reconoció por su beneficio la gravedad del enfrentamiento que existía por causa de la Guerra Civil Española y así pudo ejercer según sus propios criterios la entrada y salida de los refugiados en su país. Por ejemplo, observa Pérez (2008), Francia negó -a aquellos que no poseyeran fondos suficientes para su estancia en Francia o un trabajo estable o bien la ayuda expresa de familiares- el carácter de residentes, e internó a estos extranjeros "indeseables" en centros especiales, los denominados "campos de internamiento", conforme el decreto-ley del 12 de noviembre de 1938:

La negación de la condición de refugiado y residente rompió con la dicotomía derecho-Estado sobre la que se fundamenta la concepción de Estado Nación. Así pues, sólo una minoría obtiene la libertad de residencia: aquellos que posean visado, medios suficientes y posibilidad de residencia en casa de ciudadanos franceses. Milicianos y civiles que no poseían papeles fueron considerados irregulares, por lo que no podían residir libremente en el país, obligándoles a poseer una tarjeta de identidad en ausencia de la cual debían pagar de cincuenta a mil francos de multa y exponerse a la expulsión.” (Pérez, 2008: 37)

Los periódicos que se publicaban en Francia se aunaron para menoscabar a España, y la xenofobia se propagó por toda la sociedad, creando y afianzando aún más todo rechazo al refugiado español:

La división social que había perdurado durante gran parte del conflicto bélico se difuminaba en los primeros meses de posguerra en consonancia a la información que sobre el comportamiento de los republicanos se dedicó a difundir la prensa, opinión que en ocasiones no distaba mucho de una realidad tocada por la tragedia, el caos organizativo y la atroz situación por la que atravesaba la población desplazada. (*Ibidem*, 39)

Tras darse la guerra por terminada, el 31 de agosto de 1939 dos hombres fueron a buscar a Luis Elío en un automóvil sin comunicarle su destino. Cruzó la frontera hacia el mencionado país gracias a Generoso Huarte pero, alguien que debía aparecer a

recoger a Luís Elío no apareció y éste se entregó a la policía. Le llevaron al campo de concentración de Gurs donde Luis Elío estuvo encerrado. Con respecto a esto hay que recordar:

En la primavera, y frente a la saturación de los campos en Francia, se decide edificar el campo de Gurs, que acabará, en abril, preparado para albergar a 18.000 hombres, y por el que desde marzo de 1939 hasta noviembre de 1943 pasaron 21.790 hombres, mujeres y niños. Los campos acabaron clasificándose por categorías. Entre los más específicos podemos encontrar los siguientes: Vernetles-Bains (Ariete, Pirineos Orientales), que alberga a los enfermos más graves. Bram (Aude), que recoge a ancianos, intelectuales, funcionarios y algunos panaderos. Gurs (Bajos Pirineos), considerado como campo piloto y que albergó a vascos, aviadores y brigadistas internacionales. Agde (Hérault) y Rivesaltes (Pirineos Occidentales) reservado para los catalanes. Septfonds, campo militar para técnicos y obreros especializados. Barcarés, campo modelo reservado para los refugiados en tránsito hacia España. Al mismo tiempo surgen campos disciplinarios y prisiones donde el castigo corporal está a la orden del día: Rieucros (Lozère), al que se envían a los reincidentes y mujeres consideradas peligrosas. Le Vernet-d'Ariège, campo para revoltosos inaugurado por la 26a división Durruti y los anarquistas. Fort-Collioure, antiguo castillo templario considerado como la prisión del exilio. (Pérez, 2008: 50)

Gracias a la organización de estos campos y a la ayuda de organismos privados las condiciones en las que los refugiados vivieron mejoraron notablemente. Parte de los españoles internos en éstos pudieron embarcarse, tras meses de internamiento, en los barcos fletados por organismos oficiales españoles y extranjeros, como los que se encaminaban a México u otros países americanos y europeos. De esta manera la familia Elío, reunidos por fin, zarparon rumbo a México el 16 de Febrero de 1940. El gobierno francés, además, ofreció otras vías como la repatriación o la integración en el ámbito laboral francés:

El gobierno galo colaboró de forma habitual con el gobierno franquista en la tarea de detención y retención de "elementos rojos implicados en delitos graves", elementos que eran señalados directamente (pag83) por Serrano Suñer y remitidos los listados oportunos, acogiéndose al Convenio de Extradición entre España y Francia firmado en Madrid el 14 de diciembre de 1877 y a la Convención de Madrid de 1916. (...), el gobierno francés informó al español que únicamente podía mantener un simple control de las personas señaladas desde Madrid, o bien confinarlas en prisión preventiva con la intención de que no

embarcaran a terceros países.” (Pérez, 2008: 84) “No obstante, la probabilidad de embarcarse desde los campos de internamiento en los barcos fletados por organismos oficiales españoles y extranjeros fue, sin lugar a dudas, la posibilidad más anhelada por la comunidad refugiada, causa importante de esta disminución de internos. (Pérez, 2008: 89)

5.2. Llegada a México

Cuando la familia se reúne y deciden exiliarse a México, tras la inminente aparición de los alemanes nazis en Francia. Para subir al barco que les llevaría a México, Luís Elío, que tenía una gran carpeta con autógrafos de gente famosa, “los vende casi todos en una subasta u con ese dinero compra la mitad de los billetes para el barco, la otra mitad la financia la JARE” (Gambarte, 2009:44).

México estaba en un proceso de transformación importante, pues sería el país que más refugiados republicanos aceptaría. Esto fue debido a que tras la segunda república, ambos países crearon unos vínculos muy estrechos y, con el nombramiento de Álvarez del Vayo, la presencia de los españoles fue tan grande que en México se creó la embajada, hecho que facilitó la llegada de más exiliados a este país. Así lo relata Juan Carlos Pérez (2008: 95):

La realidad social y política que cruzaba al país mexicano tras la Revolución exigía de una rápida adecuación y acomodo a las condiciones impuestas por las potencias internacionales, sin embargo, era necesario que el país realizara importantes reformas sociales. Para ello, la España republicana era un modelo a seguir no sólo por las medidas radicales que supuso la llegada de la República, sino por su afinidad ideológica y las posibilidades de convertirla en aliada de México en un contexto internacional escorado hacia el conservadurismo. España, por su parte, concebía México como el país donde iniciar una nueva política americanista. (Pérez, 2008: 95)

Esas buenas relaciones entre los gobiernos se debieron no sólo a las relaciones que, como el ya mencionado embajador Álvarez de Vayo poseía sino también a un cambio de actitud de la propia Embajada española con respecto a México. En otro momento, la

embajada se consideraba con cierta superioridad con respecto a México, y al suavizar esta actitud, el comercio entre ambos países se incrementó, aunque la crisis que afectaba aún a toda Europa no permitió una gran evolución. Los mexicanos veían en la República Española un estado que seguía los mismos pasos de México: buscando por un lado las libertades sociales y por otro lado, las libertades políticas.

Juan Carlos Pérez documenta que tanto las manifestaciones concretas de partidos y sindicatos afines al cardenismo como los intelectuales apoyaron la política de ayuda a la República Española y la apertura del país a la llegada masiva de republicanos. Los periódicos conservadores de esa época se imponían, pues opinaban que el gobierno Mexicano apoyaba a los exiliados únicamente porque éstos portaban una ideología muy similar a la del gobierno del momento. A lo largo de todo ese periodo habrá, igual que en Francia, quienes siguiendo su ideología conservadora, rechacen a los republicanos, y otros que los defiendan como, por ejemplo, muchos periódicos mexicanos defendían la calidad científica de los exiliados frente a los periódicos conservadores que los consideraban científicos falsos.

Sin embargo, la buena aceptación de la intelectualidad mexicana fue notoria, celebrándose multitud de actos en honor a los huéspedes. Como ya hemos comprobado, el pueblo no olvidaba los odios y temores instalados en su imaginario colectivo durante tantos años, por lo que la decisión de acoger a los refugiados no fue tan aclamada como era de esperar por los políticos. En este sentido recuerda Pérez (2008: 108) el número de republicanos españoles exiliados en México:

Se ha ofrecido una gran variedad de cifras debido, entre otros factores, a la diversidad de fuentes utilizadas por unos u otros estudiosos, oscilando entre los 15 mil y los 50 mil exiliados en tierras mexicanas. Sin embargo, frente a la información disponible y a las cifras más fiables aportadas por los investigadores, podemos concluir que el número de republicanos exiliados en México osciló entre los 20 mil y los 28 mil, apenas el 0,1% de la población residente en un país que para 1940 contaba con 19.653.552 habitantes. Estas cifras, que sitúan a México como el segundo país en recepción de refugiados después de Francia, nos

hablan de una relativa relevancia cuantitativa respecto al total de refugiados, a la vez que de una escasa importancia relativa a la población de destino. Sin embargo, la selección llevada a cabo por los organismos de ayuda y el propio gobierno mexicano favoreció una emigración cualitativamente relevante, aunque no fuera una emigración meramente intelectual.

Respecto al perfil sociológico y profesional del exilio en México no se dispone de cifras concretas, pero según el estudio que Pérez realiza, podemos hablar que de los pasajeros a bordo de estos barcos eran sobre todo mayores de edad, habiendo más hombres que mujeres, y familias frente a viajeros en solitario:

De los pasajeros en estos barcos, el 18% eran menores de 15 años, mientras que los mayores de esta edad se dividían entre el 67% de hombres y el 33% de mujeres. De éstos, el 63% estaban casados, el 33% solteros y el 4% viudos. El 32% de los pasajeros viajaban solos, mientras que el 68% restante lo hacían en compañía de sus familias, familias en las que el 51% estaban compuestas de dos hasta cinco hijos y tan sólo el 17% de más de 5 hijos. (Perez, 2008:108)

Este exilio a México se produjo antes de que María Luisa Elío cumpliera once años y la familia, al llegar, carecía de medios de vida. “Su padre era ya un hombre derrotado”(Aranguren, 2002:167), por lo que esto afectó a la forma de afrontar la familia este cambio de cultura e identidad pues, sin identidad y sin un perfil profesional concreto la integración en el país de acogida resultaba difícil:

Respecto al perfil profesional del grupo de republicanos llegados a México, cabe reseñar que, alejados de reflejar la composición profesional de la España de la república o del exilio, representan un grupo selecto en el que los trabajadores no cualificados -sólo agricultores- alcanzaban únicamente el 20%, agrupándose más de la mitad de los refugiados en el sector terciario. Profesionales, profesores, maestros, intelectuales y artistas ocupaban el 58,34% del total de dicho sector, dato que frente al alto porcentaje de analfabetismo que por aquellas fechas se daba en España (32% en 1930 y 23% en 1940), muestra la distancia formativa de una colectividad con tan sólo un 1,4% de analfabetismo. (Pérez, 2008:109)

Este contexto histórico, político y social es el que la familia Elío se encontró al llegar a México, teniendo como añadido el sufrimiento que lleva implícito el desarraigo, esa

necesidad de verse forzados a aceptar una realidad y unas costumbres que no son las suyas y que resultan todo un reto. La integración laboral de Luis Elío resultó complicada. De ahí surge, entre otras causas, la pérdida de identidad:

Fue imposible conseguir nada relacionado o vinculado con lo que yo hacía, entonces tuve que irme a trabajar de peón, y asumirlo. Eso fue..., para mí eso fue duro, no por el trabajo en sí, sino por la humillación, y porque no podía escribir. O sea te quitan... A mí me quitaron toda mi identidad. Eso es la pérdida de la identidad. Tú no tienes derecho a hacer lo que sabes hacer o te gusta hacer, y te obligan a hacer lo que no sabes hacer (Del Olmo, 2002: 143).

Esta pérdida de identidad provoca en el exiliado la identificación con una nueva identidad la del “desarraigo”, como muy acertadamente narra nuestro autor:

Uno lo sobrelleva como un mal pasajero. Yo le llamo ser consciente y asumirla (...) no tenemos identidad, la hemos perdido. Y no se trata de algo pasajero, no es un dolor pasajero. Y esto es un poco kafkiano: El desarraigo opera como sustituto de la identidad, las tres panteras. El desarraigo va creciendo y se convierte en tu fuerza predominante. Es lo que más tienes dentro. Y empieza a funcionar como identidad. (Del Olmo, 2002:144)

María Luisa Elío, poco después de llegar a México, empezó a estudiar teatro en la academia del director japonés Seki Sano, refugiado de la segunda Guerra Mundial. Versado en las teorías de Stanislavski y Meyerhold, Sano intentó revolucionar el teatro mexicano. Con el tiempo María Luisa Elío entró a formar parte, como actriz, del grupo experimental vanguardista "Poesía en voz alta", que contaba entre sus integrantes o colaboradores con Octavio Paz, Juan José Arreola, Leonora Carrington y Juan Soriano, todos ellos representante de la elite intelectual en México.

En los años cincuenta María Luisa colaboró en varias películas de época y publicó cuentos en medios periodísticos como el suplemento "México en la Cultura" del diario

Novedades y la Revista de la Universidad. También hizo lecturas de sus cuentos "De las señoras", "Del miedo y del recuerdo"- en el Ateneo Español de México.¹

Al centrarnos en la falta de identidad que nuestros exiliados reflejan en sus obras, debemos comenzar señalando que en la frontera entre “nosotros” y “los de fuera” se encuentra el peligroso territorio de la no pertenencia, es decir, a pesar de encontrarse en una nueva tierra que los acoge, surge en ellos un sentimiento de exclusión, de desencuentro con su propia identidad, encontrándose en una situación entre lo que fueron y lo que se supone que debían ser en una tierra a la que no pertenecían. Se trata de esa fase liminar donde todo pierde su significado anterior y se encuentran en una especie de limbo, perdidos, desubicados, vacíos y solitarios. Si, solitario porque a pesar de que nuestros protagonistas sufrieron el exilio en familia, cada uno de ellos sintió la no pertenencia al grupo anterior, el extrañamiento, la pérdida de la identidad española y su búsqueda infructuosa. Como afirma Said (Camargo, 2008: 3), el exilio es fundamentalmente un estado discontinuo del ser y los exiliados están apartados de sus raíces, su tierra y su pasado, de ahí la necesidad de reconstruir una identidad partiendo de las distorsiones del exilio:

Uno cae en una especie de anomia: uno enfrenta la pérdida del país y de todos estos referentes cotidianos incluso, es algo que desequilibra mucho (...) Lo mayoritario fue la no integración, la no integración en un acto desesperado de buscar la identidad en esa especie de gueto de referencia (Del Olmo, 2002:104)

El refugiado necesita identificarse inicialmente y para ello el grupo social es imprescindible que lo considere parte integrante del mismo para poder crear un continuum identitario:

¹ “La diversidad y poli funcionalidad del asociacionismo español en México cubrió facetas deportivas, profesionales, confesionales, literarias, etc., que en gran medida se incluirán dentro de las asociaciones recreativas, y que van a potenciar y albergar, casi en su totalidad, las redes sociales establecidas por los emigrantes económicos españoles de finales del siglo XIX y principios del XX en el México posrevolucionario.”(Pérez, 2008:186)

La duración del exilio sobrepasaba los cálculos iniciales. Comenzaba una segunda etapa en la cual el exiliado tomaba conciencia de su verdadera situación, y la negativa a la integración en el medio mexicano se fue diluyendo. México se convertía, paulatinamente, en un destino forzoso pero permanente. (Pérez, 2008: 295)

Finalmente, en la V Asamblea General de las Naciones Unidas, en septiembre de 1950, permitió mantener representación diplomática en Madrid y se dio luz verde a la adhesión de España en las Naciones Unidas o asociaciones ligadas a dicha organización. Con el ingreso de España en la UNESCO, el 30 de enero de 1953, y su posterior aceptación como país miembro de la ONU, en diciembre de 1955, el exilio dio un giro de 90 grados y con él su discurso identitario. No obstante, este hecho no significó una bifurcación tal y como lo fue el final de la Segunda Guerra Mundial. Los más reacios a tirar la toalla comenzaron también a construir proyectos de futuro en un México que debía convertirse en propio. (Pérez, 2008:296)

En este proceso de asimilación, la adaptación y la integración son elementos esenciales a la hora de analizar cómo los exiliados, y más concretamente las hijas de la familia Elío, se terminan integrando en la sociedad de acogida, pero con una fuerte carga de añoranza y nostalgia del pasado: “Adiós, adiós para siempre, bendito adiós que a su pesar ofrendará nostalgias cuando llegue el recuerdo” (Elío, 2002:158)

A parte de los problemas relacionados con la integración social o económica que sufrirán la mayor parte de exiliados en México, existen los "transterrados" que para Gaos son los españoles que se trasladan físicamente a México, donde mantienen una afinidad con lo dejado atrás. “José Gaos acuñase el concepto de «transtierro» para referirse a la situación histórica de unos exiliados republicanos que ya empezaban a resignarse mayoritariamente a tener que deshacer las maletas y a asumir que la esperanza en un pronto regreso a una España democrática no era sino música celestial.” (Aznar, 2005:5).

Conciliaron así la reivindicación de valores españoles y la posibilidad de ser fiel a ellos adhiriéndose a los americanos: “Este hecho generó entre un gran sector de la comunidad

exiliada el inicial rechazo de actitudes que favorecieran la integración, propiciando dinámicas sociales de un marcado segregacionismo. Empleos transitorios, negativa a revalidar títulos universitarios, etc., se convirtieron para algunos en hechos que reafirmaban su convicción en la transitoriedad de la nueva situación. (Perez, 2008:278). Por diversos motivos surgen nuevas voces del discurso identitario: “Sin embargo, será tras la inicial adaptación al sistema económico mexicano que la integración intragrupal, o lo que es lo mismo, la unidad del exilio, adquirirá nuevas dimensiones al reproducir fragmentaciones políticas, ideológicas e incluso regionales ya existentes durante la República, generando una multivocidad en el propio discurso identitario que no por ello traicionaba el sentido protector de una cultura propia. (Perez, 2008: 283)”

Las relaciones entre la sociedad de acogida, la antigua colonia española y el exilio republicano fueron complejas y los primeros años del exilio fueron años de un optimismo que tuvieron todos y cada uno de los españoles exiliados en México, quienes consideraron que la vuelta a España estaba cercana. Pero la transitoriedad se convirtió en permanencia y es, en estos años, cuando se pierde el rastro de gran parte de la comunidad exiliada: “La lucha contra el Régimen se había convertido en una lucha estéril de intelectuales y políticos. Profesionales del sector primario y secundario, esencialmente, se abrieron a un proceso de integración facilitado por la ya consumada integración económica.” (Pérez, 2008:297) Sin embargo, otros muchos sufrieron este transtierro de Gaos no como un traslado, sino como una herida que les definirá durante toda la vida, con una sensación de desgarramiento vital, como es el caso de nuestros dos escritores. Estos sentimientos crearon la existencia de dos colectivos en ese momento: uno que aceptó el destino mexicano como tal donde predomina el presente, y otro que se resistió a ello y que se centraban más en el pasado.

A modo de conclusión vemos que, desde que se cruza los Pirineos, el sentimiento de xenofobia por parte de los franceses, el campo de concentración de Gurs, la incertidumbre, los estigmas sociales, pero también la solidaridad, la nostalgia, la idealización del pasado y la tierra abandonada, la esperanza de retornar, la integración en México y el tener constantemente el corazón dividido entraron a formar parte de la identidad exiliada cargada de elementos esencialistas y universales:

La plena integración en el sistema social mexicano llega cuando el exiliado comienza a entenderse no como uno en lugar de otro, sino como dos al mismo tiempo, como un ser dividido que supo con el tiempo amar desde la distancia su patria de origen e idolatrar su nueva patria de adopción. (...) El paso del tiempo convirtió al exilio en una realidad permanente, en un colectivo que, integrado socialmente, regresa a formas esencialistas de los discursos identitarios. (Pérez, 2008:303,304)

Es en este no retorno, donde la identidad del exiliado se divide entre la pertenencia a su tierra abandonada y la nueva tierra que adopta, se asume que su identidad anterior haya sido negada, pero en el caso Luis Elío no se produce la integración, mientras que su hija María Luisa sí se integra pero sin olvidar el pasado. De ahí su vuelta a Pamplona, su tierra natal, en busca de su identidad perdida.

Los padres mueren y ello conlleva el brote de una nueva oleada de recuerdos y de nostalgias que se encontraban ocultas en el fondo de sus almas y que, tras perder a Luis Elío y a Carmen, fluyen: “Muerto su padre en 1968, el mismo año en que se separa de su marido, a la altura del verano de 1970 María Luisa vuelve a Pamplona. Su vida se acerca a una especie de clímax. En su mente se ha intensificado hasta el extremo la necesidad de volver” (Aranguren, 2002:167). El recuerdo de la muerte de su madre y el intento de comprender su propia frialdad al respecto también inunda su mente:

Ella se moría poco a poco y, sin embargo, parecía que no importaba (...) tenía tiempo para tratar de saber por qué no me importaba. Pero se había hecho todo tan mecánico, que sólo lograba formularme la pregunta de por qué, pero nunca llegaba a contestarla. Antes de haberlo hecho me lo estaba preguntando otra vez: ¿por qué? (Elío, 2002: 46)

Incluso en la entrada a la casa de México, tras haber vuelto a Pamplona, surgen espontáneamente los traumas irreversibles de su niñez:

Las lágrimas empiezan muy despacio a correr por mi cara (...) “No llores María Luisa, anda. Mira aquí están tus hermanas.” “María Luisa, ¿qué pasa?” “Pero ¿por qué lloras? Di algo.” “¡Anda!, deja de llorar.” “Pero di algo, ¿qué te pasa?” “¡Mamá! ¡Mamá! ¿Por qué te has muerto? (Elío, 2002: 98)

Pasaron veinte o treinta años antes de que muriera, no sé cuántos exactamente, pero el anterior papá ya había muerto. Sólo lo reencontraría, con su infinita belleza, con su perfecta cara de estar en el lugar que le correspondía, el día en que murió. (Elío, 2002: 91)

6. EL RETORNO UTÓPICO

*El recuerdo es el único paraíso del
cual no podemos ser expulsados*

Jean Paul Sartre

Finalmente, en esta última fase nos encontramos con el retorno y la imposibilidad de encontrarse con el yo perdido del pasado. La vuelta a casa del exiliado conlleva volver pero bajo nuevas condiciones con las que no se identifica. El arraigo al pasado y el choque con la nueva realidad le lleva a vivir de la nostalgia. En este caso, además, el exilio no será superado ni por María Luisa ni por Luis Elío. Pero hay que tener en cuenta que Luis Elío muere en el exilio desolado y perdido, sin haber encontrado su identidad, por lo tanto él no llega a esta última fase.

María Luisa, tras el fallecimiento de sus padres, emprendería una ardua tarea de búsqueda de su pasado, muy marcado en su memoria. Los recuerdos se engrandecen y se comienza a pensar en la inutilidad del paso del tiempo: “Treinta años han pasado. Qué inútil es recordar que treinta años han pasado. Ahora no existe otra cosa que no sea la sensación de estar aquí.”(Elío, 2002: 28). Esta situación también la encontramos recogida por Margarita del Olmo, el exiliado a quien entrevista afirma: “Tuvo que pasar bastante tiempo hasta que decidí reemprender un análisis que me permite resolver viejas historias mías, viejas dificultades” (Del Olmo, 2002: 157). Es un hecho que, antes del retorno a la tierra de origen, el yo interior siente esa necesidad de búsqueda incesante de los orígenes y de reencuentro personal para dar solución a esas emociones que le genera recordar aspectos del pasado que torturan al exiliado:

Las emociones nacen de una evaluación más o menos lúcida de un acontecimiento por parte de un actor nutrido con una sensibilidad propia; son pensamientos en acto, apoyadas en un sistema de sentidos y valores. Arraigadas en una cultura afectiva, se inscriben a continuación en un lenguaje de gestos y mímicas en principio reconocible (a menos que el individuo disimule su estado afectivo) por quienes comparten sus raíces sociales. La cultura afectiva brinda esquemas de experiencia y acción sobre los cuales el individuo borda su conducta según su historia personal, su estilo y, sobre todo, su evaluación de la situación. La emoción sentida traduce la significación dada por el individuo a las circunstancias que repercuten en él. (Le Bretón, 2009:11)

Frente a este hecho, hay quienes deciden no regresar, pues saben que volviendo no encontrarán lo que necesitan para encontrar la paz, tal y como le ocurre a Luis Elío: “Yo no vuelvo porque no hay regreso” (Del Olmo, 2002:146), y hay quienes sí lo hacen, como María Luisa, al resurgir en ella la nostalgia y al buscar en la vuelta la esperanza de reencontrarse. Como vemos, nada más partir de México, María Luisa toma conciencia de su exilio y comienza a escribir con estas palabras:

Y ahora me doy cuenta que regresar es irse². Es decir, que volver de Pamplona es irse de Pamplona. Al fin voy a volver donde las cosas no están ya. He vivido en el mundo de mi propia cabeza, el verdadero mundo quizá, y contando poco con el mundo exterior. (...) Sé que ahora la mirada tan sólo va a servir para borrar. Lo sé, lo sabía, y en ese saber tiene una importancia total el verificar (...) Ahora sé que si no regreso ahí, (...) temo que este trozo de vida mía, cuyo valor es estar dentro y fuera, y su importancia es mirar para quedarse, no va a poder ser. Y es importante que esto que es, sea ya si es que es preciso para volver al mismo pensamiento, si es que el pensamiento tuviera la razón. (Elío, 2002: 19)

En *Tiempo de llorar* se cuenta su viaje y su experiencia. Y el cuaderno de apuntes que se incluye tras la obra en la edición de Turner, muestra todos los pequeños fragmentos que María Luisa escribió después de volver de Pamplona. Por ello, María Luisa Elío publica en México tanto *Tiempo de llorar* (1988) como *Cuaderno de apuntes en carne viva* (1995) en Ediciones El Equilibrista. En 2002 la editorial Turner publica un único volumen titulado *Tiempo de llorar y otros relatos*, que hemos utilizado en este estudio:

La narración se separa del cuerpo, la experiencia se separa de su sentido. Hay una huella utópica retrospectiva en estas ideas benjaminianas, porque dependen de la

² Letra cursiva añadida por Mónica Buxeda

creencia en una época de plenitud de sentido, cuando el narrador sabe exactamente lo que dice, y quienes lo escuchan lo entienden con asombro pero sin distancia, fascinados pero nunca desconfiados o irónicos. En ese momento utópico lo que se vive es lo que se relata, y lo que se relata es lo que se vive. Naturalmente, no corresponde a ese momento legendario la nostalgia, sino la melancolía que reconoce su absoluta imposibilidad. (Sarlo, 2005:33)

Brodsky en su ensayo *La condición a la que llamamos exilio (1987,2000)* nos explica cómo los ojos de un escritor exiliado se hallan permanentemente a su pasado. La principal explicación reside en el mecanismo retrospectivo que se pone en funcionamiento dentro de un individuo, sin que él se de cuenta, ante cualquier novedad del entorno, el pasado constituye siempre un territorio seguro. Pero este mecanismo está dentro de nosotros no para conservar el pasado, sino para retrasar la llegada del presente, es decir, para hacer que el tiempo pase un poco más lento. Implica la incapacidad para enfrentarse a las realidades del presente o a las incertidumbres del futuro:

Cuando un exilio se produce es irreversible, no hay solución para los exilios, ¿no? Yo al principio eso no lo sabía, ahora lo sé: no hay regreso [...] Entonces, ¿qué pasa?, al no haber regreso, al no haber desexilio como decía Mario Benedetti, hay que asumir algo. Efectivamente que..., uno perdió, perdió mucho de su identidad (Del Olmo, 2002: 135) asumir la falta de una identidad puede aproximarnos a una especie de identidad (...) estamos exiliados de un montón de cosas, no sólo de mi país (Del Olmo, 2002:136)

El recuerdo juega un papel esencial en este tipo de situaciones, pues es el puente entre los dos mundos que hacen al exiliado ser parte de los dos y de ninguno: “Es el recuerdo que llega sin ser llamado, que se aposenta entre estas cuatro paredes solitarias y que no sólo dice lo que fue, sino que le añade lo que él creó por su cuenta, sin importarle de mi pensar y de mi sufrir.” (Elío, 2002:95)

El día que María Luisa se encuentra en el tren de camino a Pamplona expresa su reencuentro con la niña que fue: “Lo recuerdo todo, lo recuerdo como si el tiempo lo hubiera roto y las piezas no encajaran ya unas con otras. Me recuerdo a los siete años y

casi podría asegurar que esa niña aún está ahí, en Pamplona.” (Elío, 2002: 20)

Consideramos necesario saber lo que es el recuerdo para una exiliada, y qué significado tiene ese reencuentro con el pasado. Nuestra escritora lo define de esta manera: “El recuerdo de uno es lo verdadero. El recuerdo no es algo que uno inventa o cambia, es algo mucho más exacto que la realidad, dispuesta siempre a ser cambiada. En cuanto al recuerdo, es como una fotografía, como una tarjeta postal: fijo, incambiable.” (Elío, 2002: 22). Más adelante, cuando comienza a recorrer las calles de su Pamplona expresa su encuentro con el pasado: “(...) cómo ha llegado, en esta ocasión, el recuerdo sin buscarlo, y cómo me daba cuenta que lo único que duele del recuerdo es cuando no lo encontramos, cuando nos lo dan tan sólo a pedazos. Cuidadosamente guardamos los pedazos de ese día para no perderlos y apuntamos de dónde era cada cosa.” (Elío, 2002: 56)

El encuentro real, físico de María Luisa con su propio exilio sucede al llegar a Pamplona, donde podemos comprobar cómo una vorágine de desconcierto la sume en una fuerte crisis interior:

Pamplona. Pamplona. Ahora ya podía volver, y tenía la certeza (...) que la gente estaba muerta. Sabía que yo ya no vivía ahí, sabía que papá y mamá y sabía que no pasearía con mis hermanas. Hasta creo que sabía de mí, María Luisa, muerta también. Estaba muerta porque yo era un yo sin nada. Me habían quitado el pasado. Ahora me quitaban el recuerdo del pasado, del que yo hacía el presente, y sin tener ninguno de los dos me era imposible pensar en el futuro. ¿Cómo puede haber un futuro sin pasado ni presente? No había nada. Había que comenzar una historia sin historia: con una presencia, que era mi hijo, y con una ausencia total, que era yo. (Elío, 2002:21-22)

En la llegada a la casa comienza a surgir en ella la necesidad de reconocimiento, circunstancia que si ocurriera realmente le haría sentirse en casa, como antaño: “¡Ah!, si pudiera alguien, por piedad, reconocerme, si alguien me dijera: “Adiós, María Luisa...Hola, María Luisa”... “¿Qué te pasa mamá?” “Nada, hijo, ¿por qué?” “Parece que estás llorando.” (Elío, 2002: 29). En Elizondo se cumple su deseo pero

superponiéndose la identidad de su madre y la de ella misma: “Una anciana nos saludó (...) “Ya la conozco, señora, ya; y sabía que estaba aquí”. La miré y comprendí que estaba equivocada, yo no la conocía. Evidentemente me estaba confundiendo con alguien; no tardé en comprender que era con mi madre. Le sonreí y seguimos nuestro camino.” (Elío, 2002:67)

La falta de identidad llega a su climax en el momento que comienza a ver las fotos colgadas a lo largo del pasillo de casa, donde no reconoce a su yo del pasado: “En otras fotografías, están Carmenchu o Cecilia, pero no yo. Hay una muy inquietante: estamos las tres, pero a pesar de la diferencia de edades no sé cuál de ellas soy.” (Elío, 2002: 29)

El hecho de que no se corresponda con un recuerdo suyo conlleva que su narración no se corresponde con la realidad, es decir, no hay conexión postmemorial. Estos vacíos en la narración de la memoria crea una distorsión de la realidad. La imagen da veracidad a la narración y al ver la fotografía, un testimonio objetivo, una existencia, una parte su propia identidad que no reconoce, y la existencia de María Luisa cobra una nueva perspectiva creando una desconfiguración de la propia identidad.

Y al buscar y ver su foto de familia donde sí se reconoce, le brotan las lágrimas: “Me levanto y busco en una de las maletas una foto que traje de México, en la que estamos todos en Pamplona (...) Mamá, papá, Carmenchu, Cecilia y María Luisa (...) y lloro, lloro, lloro por nada, por nada, simplemente lloro.” (Elío, 2002: 35-36)

En la carta que escribe a sus hermanas tras la llegada a Pamplona se refleja la importancia, como exiliada, de volver a su tierra natal y su conciencia de estar borrando su propio pasado:

Al fin voy a llegar al lugar en el que empecé a pensar, justo el día en que murió nuestra madre. Sé que es resucitar a nuestros padres. También sé que no es más que un lugar. Estoy cansada y tengo miedo. Por otra parte, también sé que mirando las cosas así, sólo así – y pienso hacerlo- podré encontrarlo; si es que hay algo que encontrar y, por poco que sea, espero que baste, o al menos que baste el hecho de llegar a una de las cosas que tanto se han querido. Ya no hay

teoría. Ahora la realidad da miedo. Creo que podría volver en este instante a México, y creo saber por qué. Me estoy quitando a mí misma mi motivo de ser, mi excusa, y el miedo vuelve a aparecer cuando pienso en quedarme vacía. (Elío, 2002:27)

No se trata de un mero ejercicio de memoria pues, como Thomas Gómez (2009: 227)

señala:

...el propósito de ir deshaciéndose, una a una, de las capas de la cebolla de nuestra existencia, puede desvelar sorpresas. Cuando se hurga en el lejano pasado de cada cual después de haberlo dejado cubrir por los estratos de vivencias superpuestas que tal vez uno quisiera olvidar, la emergencia de cualquier detalle que nos parecía nimio y trivial nos puede estallar en pleno rostro como un poderoso artefacto que abre las compuertas de un pathos agazapado y romper los esquemas del más pintado.

El trauma del desarraigo, el paraíso perdido y el sufrimiento son pues la síntesis de las personas que sufrieron el exilio.

María Luisa Elío cuando al pasear ve por primera vez su casa, la casa donde vivió su niñez, se siente incapaz de enfrentarse a su pasado: “Casa, casa mía, qué igual eres a mi pensamiento. Pero has envejecido, te has ensuciado (...) Las persianas de la casa están cerradas; ahora de verdad tengo que irme. No quiero ver nada. Tengo que irme.” (Elío, 2002:28)

Cuando vuelve a su casa al buscar sábanas para dormir en el arcón recuerda cuando jugaba al escondite con sus hermanas y, en respuesta a sus recuerdos, reacciona con la frialdad que significa no querer aceptar la realidad: “Tengo la impresión de que no debería tocar nada.” (Elío, 2002:31)

El verdadero problema de María Luisa y de todos los exiliados es la confusión constante que sufren entre el pasado y el presente: “Yo no sé si dormir o no: ya con la luz apagada las lágrimas salen solas. “Buenas noches, mamá.” Y doy las buenas noches a mi madre igual que de pequeña.” (Elío, 2002:31) Esta dicotomía temporal en busca de la identidad perdida se sintetiza de esta manera:

El pasado, para decirlo de algún modo, se hace presente. Y el recuerdo necesita del presente porque, como lo señaló Deleuze a propósito de Bergson, el tiempo propio del recuerdo es el presente: es decir, el único tiempo apropiado para recordar y, también, el tiempo del cual el recuerdo se apodera, haciéndolo propio.” (Sarlo, 2005:9-10)

Se patentiza en nuestra autora la negación de la realidad, el miedo a enfrentarse a ella: “No miro nada, no quiero reconocer nada” (Elío, 2002:32), y proponer no recordar algo es imposible, pues no es algo queelijamos. Sarlo nos indica también que proponerse no recordar es como proponerse no percibir un olor, porque el recuerdo, como el olor, asalta, incluso cuando no es convocado y te obliga a una persecución continua, pues nunca está completo. Pero para Maria Luisa su pasado está vivo en España y no concibe otra perspectiva hasta el final de la obra. Por eso, tras un encuentro de nuestra exiliada con su tía en Pamplona, decide no volver a verla, pues ésta le habla en tiempo pasado y para ella sus padres siguen vivos en Pamplona:

Sé que no volveré a verla y que trataré de no ver, desde este momento, a nadie que haya conocido a mis padres. Nadie volverá a decirme en pasado cuánto los quería. Aquí, en España, no están muertos. Lo están en México. El recuerdo de ellos en Pamplona es de ellos vivos y nadie me lo cambiará. Si algo tiene el recuerdo es la cualidad de no poder cambiarse, puesto que ya fue...” (Elío, 2002: 41)

Acertadamente Sarlo comenta que el pasado es siempre conflictivo, pues la memoria desconfía de una reconstrucción que no ponga en su centro el recuerdo, la vida pasada o la justicia. Se trata de un no querer aceptar ni el pasado ni el presente, lo que genera un dolor terrible al alma humana. El yo se rompe ante tal circunstancia, sin identidad que la amarre, se diluye por las lágrimas de la nostalgia. Como dice Luis Elío en *Soledad de ausencia*: “la tristeza, la nostalgia, la añoranza en el recuerdo, que sólo son vacío, la falta de lo que debía estar y no está, de lo que puede no estar nunca más.” (Elío, 2002:47)

Por ejemplo, María Luisa al ver el balcón donde vivió vacío sufre porque se da cuenta de lo que fue y ya no es, esa conciencia del yo roto:

Me acerqué a la ventana. En efecto, el balcón (de su casa, que se veía desde ahí) estaba vacío. Quedó vacío dentro de mí y ahora está vacío ante mis ojos. Más que vacío, ahora, al poder mirarlo, muerto. Es un asombro que no importa, un asombro que se parece al que sentimos cuando vemos a alguien muerto que queremos con toda el alma... y sentimos con asombro que eso no importa. Importa el que era, lo que era. Importa un dolor que ahora es imposible de sentir. Quizás importa que ya no importe. El dolor de ser hecho de cosas que van dejando de ser. El balcón y mi madre parecen ahora una misma cosa. (Elío, 2002:45)

Si sé muy bien que aquello fue, aunque no siga siendo ahora, si es que lo que fue no sigue siendo. Yo creo que lo que fue es más que cualquier otra cosa puesto que es inalterable. (...) Es posible, entonces, que una se vaya llenando de vacíos, de cosas que al dejar de ser, son. (Elío, 2002:71-72)

Sin embargo, aunque muchos regresaron, la confrontación con una España que poco tenía que ver con la tierra abandonada hizo que la gran mayoría acabara rechazándolo o, como dice Juan Carlos Pérez, “en el peor de los casos regresaran tras una corta estancia en España” (Pérez, 2008: 305), como es el caso de María Luisa. Esta idealización de la patria de origen hizo que gran parte de las personas exiliadas sintieran más profundamente la sensación de desarraigo. Francisco Caudet lo expresa claramente: "el exilio es, sobre todo, la pérdida de la identidad, de la estabilidad, del sentido de finalidad. El exilio tiende, a causa de ello, a reconstruir y mitificar la memoria de lo perdido."(Caudet, 1992:306)

Al intentar entrar a su casa familiar de hace treinta años, el portero no le permite entrar puesto que no están sus dueños actuales y ella reacciona de la siguiente forma: “Bueno, vamos Diego, lo raro hubiera sido poderlo hacer. No me lo enseñe, sería igual que verme muerta.” (Elío, 2002: 50). Y la segunda vez que intenta entrar a su casa sin éxito: “Y volvemos a salir de ese lugar en el que sólo recordaba haber sido feliz” (Elío, 2002:79)

El temor a perder la identidad vertebró toda su obra, el miedo, la confusión, la sensación de no pertenencia, de dolor frente al no ser: “El temor que le queda a una en la vida de perderlo todo. (...) Por mi parte, ¿he acabado a lo que vine? ¿Acaso se puede acabar? Creo que sólo se puede decir un hasta aquí que le haga a una no seguir, de la misma manera que podría una morir en ello.” (Elío, 2002:75). Un dolor de duelo interminable que Margarita del Olmo (2002: 129) expresa muy acertadamente:

(...) un duelo que uno nunca puede terminar de realizar por el hecho de haberse ido; que a lo mejor uno siempre tiene la sensación de que nunca volverá a encontrar al amigo que dejó o el lugar donde uno vivió (...) mito que todos los exiliados o los inmigrantes llevan consigo, el mito de que como el queso que se comía en la cafetería de la esquina de casa no hay, (...) digamos que son esas cosas que a uno le sostienen la relación con la historia a la que pertenece.

Tras finalizar el viaje por Pamplona y volver a México, el sentimiento de encontrar dentro de ella un “yo vacío” se intensifica: “Y mientras hago proyectos con mi hijo, comprendo que no tengo fuerzas para nada. Me siento más muerta que viva, llena de vacíos.” (Elío, 2002: 83). El regreso implica, como María Luisa Elío manifiesta, una dureza que difícilmente se puede soportar. Margarita del Olmo (2002: 103) documenta lo expuesto con estos fragmentos:

(...) regresar...fue tan duro que, en un entorno próximo a mí, de unos ocho o diez amigos que regresaron, han muerto tres. Por problemas relacionados con enfermedades psicosomáticas. Eh..., y uno de ellos además se suicidó. Porque volvieron llenos de ilusiones a encontrar un país que no existía, volvieron además con un discurso político que además no tenía nada que ver con la realidad (...) me imagino yo que la conciencia de ese desarraigo absoluto en el cual estaban ya, pues los destruyó. (...) Parece claro que es una especie de auto-suicidio, ¿no? (...) de abandono del impulso vital que los mantuvo durante mucho tiempo con la ilusión de volver

Desde enfermedades graves, hasta gente que se ha..., enloquecido en el sentido vulgar de la palabra, gente que..., bueno que por algún lado a uno le salió la, la historia, ¿viste?,(...) Algo los llevó a realizar un acto de tal envergadura. Las consecuencias de los actos nunca son absolutamente previsibles, sino, por el contrario, uno produce un acto y después se tiene que aguantar las consecuencias, y en muchos casos fue el detonador de viejas situaciones que uno venía arrastrando, ¿no? (Del Olmo, 2002:157)

María Luisa Elío al volver de Pamplona sufrió una fuerte crisis personal: “Tras la vuelta de Pamplona se desata una pavorosa tormenta interior. Cualquier cosa puede ocurrir. En plena crisis, una noche abusa de somníferos. Los más cercanos piensan que ha querido morir. Recogida en su casa al borde del colapso, María Luisa queda ingresada en un sanatorio.” (Aranguren, 2002:167). Todo ello a causa del dolor que causa la imposibilidad existencial de permanencia y sus consecuencias: hallarse entre dos mundos, sin posibilidad de arraigarse en ninguno de ellos. Así fue la vida en el exilio de María Luisa Elío y de Luis Elío y su constante búsqueda de una identidad perdida.

Beatriz Sarlo (2005:13) sintetiza la importancia del tiempo como factor determinante para las personas, muy presente en la vida de nuestros exiliados:

Las "Vistas de pasado" (según la fórmula de Benveniste) son construcciones. Precisamente porque el tiempo del pasado es ineliminable, un perseguidor que esclaviza o libera, su irrupción en el presente es comprensible en la medida en que se lo organice mediante los procedimientos de la narración y, por ellos, de una ideología que ponga de manifiesto un continuum significativo e interpretable de tiempo. Del pasado se habla sin suspender el presente y, muchas veces, implicando también el futuro. Se recuerda, se narra o se remite al pasado a través de un tipo de relato, de personajes, de relación entre sus acciones voluntarias e involuntarias, abiertas y secretas, definidas por objetivos o inconscientes; los personajes articulan grupos que pueden presentarse como más o menos favorables a la independencia respecto de factores externos a su dominio. Estas modalidades del discurso implican una concepción de lo social, y eventualmente también de la naturaleza.

7. CONCLUSIONES

Tanto la sociedad como la historia de vida de nuestros protagonistas desde una visión antropológica están regidas por esquemas que se encarnan en formas institucionales y simbólicas que configuran un sistema sin fisuras que en futuras investigaciones sería pertinente analizar de forma más detallada. Por ello estudiar a las personas o sujetos históricos colectivos como los exiliados es esencial para entender cuáles son los procesos que están presentes en la reproducción de un cambio del sistema social. En 1973, C. Geertz en *La ideología como sistema cultural* nos muestra cómo la escritura es motivada por una acción transformadora que intenta resolver problemas. Luis Elío es un claro ejemplo de ello, ya que lucha contra el sistema que le reprimía buscando la libertad interior. La creación literaria no resuelve todos los problemas que se les plantean a nuestros autores, ni puede explicarlos; pero mediante la escritura un narrador siempre piensa desde fuera, como si tuviera de esta forma cierto control y no sólo el dolor de padecerlos.

Como afirma M^a Jesús Piñeido (2010), superar el pasado y aceptar el presente, comprender lo incomprensible, reconstruir una historia o recordar y olvidar al mismo tiempo son ejercicios difíciles de llevar a cabo. Todo ello se patentiza en las obras que tienen como eje central la representación del exilio, a pesar de que las circunstancias de cada uno condicionen la visión que transmiten.

Las tres fases de Van Gennep nos muestran cómo, tras una sucesión de acontecimientos que son hitos fundamentales en la experiencia vivida, estos mártires no pueden volver atrás. A pesar de que ellos sigan manteniendo la experiencia pasada en su memoria, les resulta imposible encontrar todo tal y como lo dejaron, pues el paso del tiempo ha dado

lugar a una serie de transformaciones. Los exiliados siempre serán exiliados, y la realidad no acompañará nunca a su memoria, pues es evidente que la memoria es un conflicto permanente entre el recuerdo del pasado y el deseo de pasar a otra etapa, cerrando el caso más doloroso de sus historias y viviendo así en una constante búsqueda infructuosa de la identidad en lugares donde nunca la hallarán. Señala Beatriz Sarlo al respecto:

Se ha dicho muchas veces: vivimos en la era de la memoria y el temor o la amenaza de una "pérdida de memoria" responde, más que al borramiento efectivo de algo que debería ser recordado, a un "tema cultural" que, en países donde hubo violencia, guerra o dictaduras militares, se entrelaza con la política. (Sarlo, 2005:25)

La primera persona es indispensable para restituir aquello que fue borrado por diferentes circunstancias. Los relatos en primera persona son los que mayor confianza nos transmiten y generan una sensación de constructo fijo de la identidad en el propio escritor. Según el antropólogo David Le Bretón (2009: 111):

la identidad no es una sustancia sino un sentimiento y, por lo tanto, no podría darse de otra manera que en la pluralidad de las resonancias de la experiencia y, mediante la proyección de sentido que realiza el individuo a través del prisma de su cultura afectiva y su historia personal, pone permanentemente orden en su propio flujo incesante de las sensaciones que lo atraviesan.

Tiempo de llorar, en especial, nos ha servido para reivindicar a una gran escritora exiliada y darle la importancia que requiere. Trata, como ya hemos podido comprobar, del imposible retorno de una exiliada a la ciudad de su infancia, en este caso Pamplona. El relato de esta vuelta está lleno de nostalgia. María Luisa busca en Pamplona recuperar el tiempo perdido y la infancia. Este retorno a la ciudad de origen desencadena una crisis personal provocada por diferentes motivos como son la muerte de su padre, la separación matrimonial y podría decirse, incluso, el miedo sobre el destino de su propio hijo.

En ambas obras se narra el transcurso de una etapa de la vida que podría considerarse finalizada. Es una muestra de que la vida sigue siempre contra toda esperanza y contra el tiempo histórico. De ahí que cualquier intento de reconstruir los hitos del pasado sea infructuoso. De esta manera surge el propio dolor, un sufrimiento que les lleva a la creación de sus universos narrativos con la finalidad de comprender el conocimiento que ese dolor esconde.

El concepto del tiempo está tratado con maestría en ambas obras, haciéndonos dudar de lo que podemos llegar a conocer sobre nosotros mismos. Si el pasado es lo que conocemos de él a través del recuerdo y el futuro es lo que desconocemos, el presente de María Luisa Elío se crea apartándose de la realidad y buscando su identidad tanto en su pasado como en su futuro. Al fin y al cabo, el cosmos feliz de su infancia y Pamplona no se hallan en la realidad, sino en la imagen ficticia de su recuerdo.

Se sabe que la distancia no genera el olvido, sino que ancla en la memoria ciertas connotaciones sentimentales, como los recuerdos que acaban convirtiéndose en imágenes fijas, inmunes al paso del tiempo, que se resisten a asumir la evolución de la realidad. Realmente la experiencia del exilio, como cualquier experiencia humana que genere un cambio en contra de nuestra voluntad, conduce demasiadas veces a la nostalgia del pasado, de lo que no pudo ser. María Luisa Elío nos confiesa que:

Regresar a Pamplona siempre sería regresar a lo imposible, porque no había regreso que me hiciera regresar totalmente. (Elío, 2002: 72)

Con estas palabras podemos reflexionar sobre la idea del retorno considerando que no se debe volver al lugar donde se fue feliz, porque ésa es la manera de comenzar a perderlo.

8. BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias:

ELÍO, L. *Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte*. Pamiela, Pamplona, 2002.

ELÍO, M. L. *Tiempo de llorar y otros relatos*. Turner. México, 2002.

Fuentes secundarias:

ARANGUREN, A. de la Rica. “El triunfo de la memoria” en *Tiempo de llorar y otros relatos*. Turner. México, 2002

AZNAR, M. “Las literaturas del exilio republicano español de 1939: el estado de la cuestión” en *Tres trabajos sobre el exilio*, Babelia, El País, 2005

CAUDET, F. *El exilio republicano en México*. Las revistas literarias (1939-1971), Fundación Banco Exterior, Madrid, 1992

GARCÍA, R. “El hispanismo francés y las relaciones hispano-francesas”, en *Exilio, memoria personal y memoria histórica. El hispanismo francés de raíz española en el S.XX*, Institución Fernando el Católico (CSIC), Zaragoza, 2009

GÓMEZ, T. “De Teruel a París. La andadura humana y profesional de un hispanoamericanista ¿francés?”, en *Exilio, memoria personal y memoria histórica. El hispanismo francés de raíz española en el S.XX*, Institución Fernando el Católico (CSIC), Zaragoza, 2009

NORIEGA, M.G. “Prólogo a la edición mexicana de 1980 por María Guadalupe Noriega Elío”, en *Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte*. Pamiela, Pamplona, 2002

RUBIO, J. “La población española en Francia de 1936 a 1949: flujos y permanencias” en CUESTA, J. y BERMEJO, B. (coords.) *Emigración y exilio. Españoles en Francia 1936-1946*, Eudema, Madrid, 1996.

Bibliografía de referencia:

- Tema del exilio:

ASCUENCE, J.A. “Creación y pensamiento del exilio vasco. Antología de textos literarios” en *Antología de textos literarios del exilio vasco*. José Ángel Ascunce Editor, San Sebastián, 1994

ASCUENCE, J.A. *La cultura del exilio vasco. Lengua y literatura*. EI-SEV, Madrid, 2005

BRODSKY, J. “La condición a la que llamamos exilio” en *Del dolor y la razón. Ensayos*, Barcelona, Destino, 2000

CAMARGO, J.J. *Edward W. Said: Reflexiones sobre los conflictos desde el exilio..* Universitat de les Illes Balears, Islas Baleares, 2008

DEL OLMO, M. *La utopía en el exilio*, CSIC, Madrid, 2002

PÉREZ, J.C. *La identidad del exilio republicano en México*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2008

PIÑEIRO, M.J. “La narrativa del exilio en el entorno peninsular”, en *Dos vidas y un exilio. Ramón de Valenzuela y María Victoria Villaverde. Estudio y antología*. Editorial Complutense, Madrid, 2011

ROSSI, P. *El pasado, la memoria, el olvido*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2003

SAID, E. *Reflexiones sobre el exilio*. Debate, Barcelona, 2005

SAID, E. “Exilio intelectual: expatriado y marginales” en *Representaciones del intelectual*, Paidós Studio, Barcelona, 1996

SARLO, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Siglo XXI Editores, Argentina, 2005

- Referencias Antropológicas:

ARJONA y CHECA, *Las historias de vida como método de acercamiento a la realidad social*, Laboratorio de Antropología Social y Cultural. Universidad de Almería, 1998.

AVECES, J.E. “Práctica y estilos de investigación en la historia oral contemporánea”, en *Historia y Fuente Oral*, 1994

BENEDICT, R. *Patterns of Culture*, UK: Routledge & Kegan Paul PLC, 1965

CLUA e IRIBARREN, M. y T. “Antropología y Literatura: el exilio catalán en México” en *Periferias, fronteras y diálogo*, Universitat Rovira i Virgili, Tarragona, 2014

DE BEAUVOIR, S. *El segundo sexo*, Cátedra, Madrid, 2005

KEITZER, D. *Ritual, Politics and Power*, Yale University Press, New York, 1988

LE BRETON, D. *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2009

VAN GENNEP, A. *Los ritos de paso*. Taurus, Madrid ,1986

- Tema Autobiográfico y biografías:

GAMBARTE, E.M. *María Luisa Elío Bernal. La vida como nostalgia y exilio*,
Universidad de la Rioja, Logroño, 2009.

LAGUNA, M. “La escritura autobiográfica” en *Revista de estudios interdisciplinarios*.
Número 3, Lindaraja, 2005

LEJEUNE, P. *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Megazul-Endymion, Madrid,
1975

PUJADAS, J.J. *El método biográfico: el uso de las historias de vida en las ciencias
sociales*. CIS, Madrid, 1992

SZCZEPANSKI, J. *El método biográfico*, Papers, 1978

- Otros:

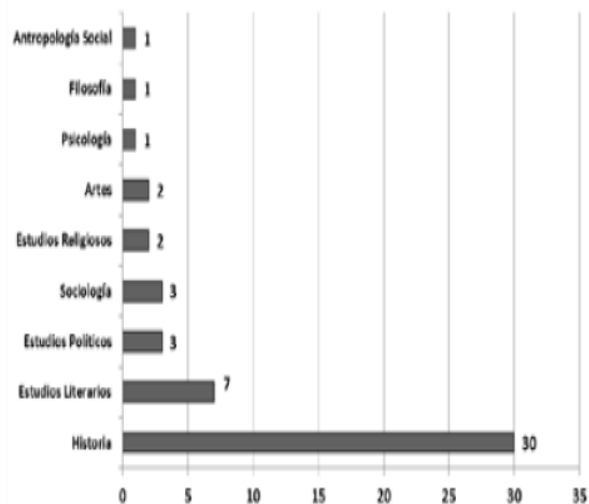
GARCÍA MÁRQUEZ, G. *100 años de soledad*, Ediciones La Cueva, 2003

9. ANEXOS

Anexo 1:

Dialnet: El exilio como campo de estudios en ciencias sociales: Análisis Bibliométrico (2017)

Sobresalió la Historia como el área de conocimiento en la que se registró la mayor cantidad de producciones, representando el 60% de los artículos revisados. Los artículos que se centran en analizar aspectos relacionados con el exilio de escritores iberoamericanos célebres o las producciones literarias en condición de expatriación, ocupan el segundo lugar en las áreas temáticas identificadas en este estudio, compartiendo este lugar con los trabajos con un enfoque sociológico; por debajo de estas producciones, en materia del número de artículos identificados se encuentran aquellos pertenecientes a los estudios religiosos, las artes y otras áreas (Figura 2).



Anexo 2:

Foto de la familia Elío : María Luisa Elío sentada en el regazo de Luís Elío



Anexo 3: Película. “*En el balcón vacío* (1961) es la única película del exilio republicano español sobre sí mismo hecha por los exiliados. No hay otra. Las razones no están demasiado investigadas, no sabemos si por obvias o por motivos de otra índole”. (Gambarte, 2009:79) “En España ha sido desconocida pues no circuló ninguna copia hasta 1999 en que fue presentada en unas jornadas sobre el exilio en Alcalá de Henares.”(Gambarte, 2009:80)

